

SAN LEANDRO DE SEVILLA *

No es una coincidencia casual: Recaredo, y con él la España visigoda, se convierte al catolicismo cuando comienza a actuar la familia de San Isidoro de Sevilla, del hombre que marcó el más elevado nivel cultural en aquella época. El apóstol en este caso fue San Leandro, hombre de acción, si bien no le falta su faceta de escritor. Fue para el pueblo visigodo lo que para el suevo había sido San Martín de Braga.

Vástago de una ilustre familia hispanorromana¹, de Cartagena, que dio a la Iglesia tres hijos obispos: Leandro, Fulgencio e Isidoro, y una hija monja, Florentina, todos ellos santos, puede fijarse conjeturalmente su nacimiento entre 535 y 540². Su padre, Severiano, ya hacia el 554 trasladóse a Sevilla, tal vez desterrado durante la ocupación del Levante por los bizantinos.

Las fuentes documentales para delinear la persona y actividad de Leandro son: ciertos trazos autobiográficos, deducidos especialmente

* N. de la R.: Este estudio debía preceder, en la *Patrología Española* proyectada por Madoz, al que publicó Goldáraz como primer capítulo en J. MADDOZ, S.I. (†), *San Isidoro de Sevilla*, según hizo notar el mismo Goldáraz en su Introducción, p. XIII, registrando dos referencias a este estudio que suprimió en el texto de Madoz. A su vez una referencia al capítulo publicado allí mismo (p. 113-117) sobre la *Hispana*, se encuentra al final de este estudio en el apartado «Transmisión manuscrita», a saber: «... sigue su transmisión, ya expuesta en otros pasajes de esta obra».

¹ Es la opinión común, atendidos los nombres latinos o griegos de sus miembros, lo arraigado de su catolicismo, etc. H. YABEN pondera varias razones en pro del origen godo de San Isidoro, en la *RevEcl* 9, 1936, 14-16. Tal vez la madre de Leandro, única excepción de la familia, fuera goda: de un pasaje del capítulo final del *De institutione virginum* se deduce que ella se convirtió con ocasión del destierro de Cartagena: «Peregrinatio me fecit Deum cognoscere; peregrina moriar, et ibi sepulturam habeam ubi Dei cognitionem accepi» (XXXI). Acaso este hecho influyera en aquel entusiasmo efusivo de San Isidoro por el pueblo godo, que estalla incoercible en su *Laus Spanie* y en otros pasajes de sus obras.

² Cf. H. WARD, «Leander», *A Dictionary of Christian Biography*, 3, Londres 1882, p. 637.

del epílogo a su obra *De institutione virginum et de contemptu mundi*; un dato fugitivo y vago de Juan de Biclár, en su *Chronicon*, al año 585 y 590; la breve y entusiásticamente elogiosa biografía que le dedica su hermano San Isidoro en el *De viris inlustribus*, con las ponderaciones dictadas por el cariño fraternal en los *Versus* de su biblioteca; cuatro o cinco alusiones contenidas en el Prefacio a los *Morales* y en varias *Cartas* de San Gregorio Magno, descriptivas de su estancia en Constantinopla y del afecto caluroso e íntimo que penetraba su redacción epistolar; alguna mención rápida, finalmente, en la correspondencia de Liciniano de Cartagena y en los concilios de 589 y 590. Todo ello disperso esporádico, difícil materia para una redacción total y continuada.

Las relaciones que revela tener respecto de los demás hermanos, cuando en su escrito principal se dirige a su hermana, llamándola «filia et soror», y mostrando su solicitud por Fulgencio y por el más joven, Isidoro, «iunioris fratris Isidori», le describen como el mayor de todos ellos y que sentía la conciencia de su responsabilidad sobre su tutela.

El capítulo 41 del *De viris inlustribus* isidoriano es la fuente más rica en documentación. Por él conocemos el nombre de su padre y el origen familiar de Cartagena: «genitus patre Severiano Carthaginensis provinciae»³.

Monje Leandro, no se sabe bajo qué regla, al parecer antes del 579, año del levantamiento de Hermenegildo; obispo, más tarde, de la Sede metropolitana hispalense (584), cargo que revela su prestigio en aquellas críticas circunstancias de la Iglesia visigoda, su nombre juega papel importante en los acontecimientos de la época. Influyó eficazmente en la conversión de San Hermenegildo, y fue desterrado en consecuencia por el padre de éste, el rey Leovigildo (569-586). De 580 a 582 se halla en Constantinopla, con una misión diplomática de parte de la Iglesia visigoda⁴; allí traba amistad íntima con el que había de ser más tarde San Gregorio Magno⁵, y le impulsa a escribir su célebre obra, los *Morales*, de tanta aceptación en España⁶.

³ Para nada aparece aquí el título de «Dux» con que infundadamente han querido algunos honrar a Severiano. Cf. F. GOERRES, *Leander Bischof von Sevilla und Metropolit der Kirchenprovinz Bätica*, ZwissTh 29, 37.

⁴ «Iniuncta pro causis fidei Wisigotharum legatio», dice de él San Gregorio Magno. *Reg. Epist.*, V, 53.

⁵ «Leandro Hispalitano episcopo dudum mihi in amicitiiis familiariter iuncto». San Gregorio Magno, *Dialog.*, 3, 31.

⁶ Su historia puede verse en el erudito artículo de L. SERRANO, *La obra «Morales de San Gregorio» en la literatura hispano-goda*, RevArchBM, 24, 1911, 482-497.

Professione monachus, et ex monacho Hispalensis ecclesiae provinciae Baeticae constitutus episcopus, vir suavis eloquio, ingenio praestantissimus, vita quoque atque doctrina clarissimus, ut et fide eius atque industria populi gentis Gothorum ab ariana insania ad fidem catholicam reverterentur.

Su misión providencial fue la conversión de Recaredo y de su pueblo, solemnemente ratificada en el III concilio de Toledo (589), que imprimía nuevos rumbos a nuestra patria, como uno de los más extraordinarios acontecimientos de su historia. «Summa tamen synodalis negotii —dice el Biclarense— penes sanctum Leandrum Hispalensis ecclesiae episcopum et beatissimum Eutropium monasterii Servitani abbatem fuit»⁷. Todo ello fue obra «de la fe e industria» de San Leandro, como afirma San Isidoro.

Es verdad que su nombre no está a la cabeza de los obispos que firman las Actas del concilio; pero instintivamente cree uno ver las huellas de su mano en la organización de todo el proceso y aun en la redacción de su contenido disciplinar y dogmático. La misma alocución de Recaredo, con sus reminiscencias teológicas y escriturísticas, está delatando una pluma episcopal; y el parentesco estilístico que sus expresiones guardan con las de la Homilía final, obra del metropolitano hispalense, es innegable. Este discurso, que puso brillante fin a la augusta asamblea, *Homilia in laudem Ecclesiae ob conversionem gentis*, es una de las raras piezas del género oratorio solemne, entre los visigodos, magnífica en su estilo, canto jubiloso de la unidad y catolicidad de la Iglesia universal, y en especial, del triunfo de la Iglesia española, por boca de uno de sus principales pastores, muy a tono con la grandiosidad de la nueva Pentecostés que se abría para España. Su recuerdo es indeleble en aquella fecha imperecedera.

La alusión a las tribulaciones pasadas, en contraste con la exultación presente, empaña de emoción las palabras del Prelado que tanta parte había tenido en ellas:

Ergo materia gaudii nostri tribulationis praeteritae occasio fuit. Gembamus dum gravaremur, dum exprobaremur, sed gemitus illi id egerunt, ut hi qui per infidelitatem nobis erant sarcina fierent nostra per suam conversionem corona...

Erigamur ergo tota mente in gaudia, ut quia gentes studio decer-

⁷ *Chronica*, ad a. 590, 1.

tandi perierant, sibimet in amicitiam Christus unam Ecclesiam procuraret, in qua eas rursus reduceret concordia caritatis⁸;

para atribuir, con acción de gracias y sentimientos de futuras esperanzas, todo el gozo por la paz y caridad obtenidas, al único dador de todas las gracias, Cristo mediador entre Dios y los hombres:

Parietem enim discordiae quem fabricaverat diabolus pax Christi destruxit, et domus quae divisione in mutuam certabat caedem, uno iam Christo lapide angulari coniungitur. Dicamus ergo omnes: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis*: nullum enim praemium caritati compensatur. Ideo omni gaudio praeponitur, quia pax et caritas facta est, quae omnium virtutum obtinet principatum. Superest autem ut unanimiter unum omnes regnum effecti tam pro stabilitate regni terreni quam felicitate regni caelestis Deum precibus aedemus, ut regnum et gens, quae Christum glorificavit in terris, glorificetur ab illo non solum in terris sed etiam in caelis⁹.

Pocos meses después del concilio toledano, reunía Leandro a los obispos de la Bética, en otro concilio provincial, en Sevilla; con ello se cumplía la prescripción del canon 18 del concilio de 589. Los tres capítulos de sus Actas, sobre diversas materias disciplinares, subsisten en forma de Carta a Pegasio, obispo de Eciija, que se hallaba ausente¹⁰.

Aquí conviene registrar que su amigo el Papa San Gregorio Magno le honró el año 599 enviándole el Palio, distinción extraordinaria en aquellos tiempos: «Pallium vobis transmisi ad sola Missarum solemniam»¹¹.

Murió Leandro, reinando todavía Recaredo:

Floruit sub Reccaredo viro religioso ac principe glorioso, cuius etiam temporibus mirabili obitu vitae terminum clausit.

Tal vez esta fecha, recibido el Palio en 599, haya de colocarse en el año 600. En 601 moría el rey Recaredo¹².

⁸ En F. GONZÁLEZ, *Collectio Canonum Ecclesiae Hispanae*, Madrid 1908, p. 359-364.

⁹ *Ibid.*, p. 363-364.

¹⁰ Puede verse en J. SÁENZ DE AGUIRRE, *Collectio maxima Conciliorum omnium Hispaniae et Novi Orbis*, t. II, Roma, 1694, p. 390-393. Véase también HEFELE-LECLERCQ, *Histoire des Conciles*, t. III, París, 1909, p. 233-234.

¹¹ *Epist. Reg.* IX, 227.

¹² Cf. P. B. GAMS, *Die Kirchengeschichte von Spanien*, 2, p. 2.^a, p. 41 y 48; F. GOERRES, *art. cit.*

La acción eficaz de Leandro en la conversión de este rey se deja entender también en el testimonio del Biclarense:

Reccaredus primo regni sui anno mense X catholicus deo iuvante efficitur et sacerdotes sectae Arrianae sapienti colloquio aggressus ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem facit gentemque omnium Gothorum et Suevorum ad unitatem et pacem revocat Christianae ecclesiae¹³.

Detrás de la persona del Rey, es visible aquí la figura de un teólogo experto, que las circunstancias identifican, evidentemente, con San Leandro. El mismo historiador pondera su prestigio sobresaliente en aquellas grandes ocasiones: «Leander Hispalensis ecclesiae episcopus clarus habetur»¹⁴.

La misma eficacia decisiva había tenido en la conversión de San Hermenegildo, el cual, «con la predicación de Leandro», como atestiguan San Gregorio Magno y Paulo Diácono¹⁵, adjuró de la herejía arriana y recibió el bautismo en 575. Nada extraño es, por lo mismo, que su persona se viera envuelta en uno u otro sentido, en los graves acontecimientos que a este hecho se siguieron, si bien las fuentes no están tan explícitas como desearíamos respecto de su nombre: insurrección de Hermenegildo en 579¹⁶; represión de Leovigildo en 582, con sus victorias en Mérida y Sevilla¹⁷; prisión de Hermenegildo en Córdoba y destierro a Valencia¹⁸; muerte cruenta del mismo, finalmente, por orden de Leovigildo, en Tarragona, en 585¹⁹.

¹³ *Chronica*, ad a. 587, 5.

¹⁴ *Ibid.*, ad a. 585, 7.

¹⁵ «Sicut multorum qui ab Hispaniarum partibus veniunt, relatione cognovimus, nuper Hermenegildus rex, Leovigildi regis Wisigotharum filius, ab arriana herese ad catholicam fidem, viro reverentissimo Leandro, Hispalitano episcopo, dudum mihi in amicitia familiariter iuncto, praedicante, conversus est.» *Dialog.*, 3, 31. «Qui Herminigildus praedicatione Leandri episcopi Hispalensis atque adhortatione suae coniugis ab Arriana heresi, qua pater suus languebat, ad catholicam fidem conversus fuerat.» PAULO DIACONO, *Historia Langobardorum*, 3, 21.

¹⁶ Juan BICLARENSE, *Chronica*, ad a. 579, 3; Gregorio DE TOURS, *Historia Francorum*, 5, 38.

¹⁷ Juan BICLARENSE, *Chronica*, ad a. 583, 4; Gregorio DE TOURS, *Historia Francorum*, 6, 18.

¹⁸ Juan BICLARENSE, *Chronica*, ad a. 584, 3; Gregorio DE TOURS, *Historia Francorum*, 6, 43.

¹⁹ Juan BICLARENSE, *Chronica*, ad a. 585, 3; Gregorio MAGNO, *Dial.*, 3, 31; Gregorio DE TOURS, *Historia Francorum*, 8, 28. Cf. F. GOERRES, *Kritische Untersuchungen über den Aufstand und das Martyrium des Westgothischen Königssohnes Hermenegild*, *ZHistTh* 43, 1873, 3-109; Idem, *Des Westgothenkönigs Leovigild Stellung zum Katholicismus und zur arianischen Staatskirche*, *Ibidem*, p. 547-601.

En la difícil situación de Leandro ante Leovigildo, bien pudo su viaje a Constantinopla, y su estancia allí, después de la derrota de Hermenegildo, hasta la muerte de Leovigildo, calificarse de destierro, como sucede bajo la pluma de San Isidoro: «in exilii sui peregrinatione». Hay, sin embargo, en este episodios varios puntos no esclarecidos en las fuentes²⁰.

Sabida es la contradicción existente en los documentos en torno a la persona de San Hermenegildo y de su muerte; y el caso se recuerda aquí por la relación que pueda tener con San Leandro. Mientras San Gregorio Magno describe este hecho aureolado con el nimbo de verdadero martirio, y todo ello transmitido por el testimonio de españoles peregrinos en Roma²¹, las fuentes literarias de la época en España condenan el levantamiento de Hermenegildo como rebeldía tiránica y anti-patriótica, y relatan su ejecución como la de un ajusticiado vulgar. El Biclarense le llama *tirano* y *rebelde*²². Del mismo modo se expresa San Isidoro²³. San Gregorio de Tours le da el epíteto de *miserable* y que no

²⁰ Cf. G. VON DZIALOWSKI, *Isidor und Ildefons als Litterarhistoriker*, Münster, 1898, p. 74-75.

²¹ «Sicut multorum qui ab Hispaniarum partibus veniunt, relatione cognovimus... Quem (Hermenegildus) pater arrianus, ut ad eandem heresem rediret, et praemiis suadere et minis terrere conatus est. Cumque ille constantissime responderet, numquam se veram fidem posse relinquere, quam semel agnovisset, iratus pater eum privavit regno, rebusque omnibus expoliavit. Cumque nec sic virtutem mentis illius emollire valuisset, in arcta illum custodia concludens, collum manusque illius ferro relegavit. Coepit itaque isdem Hermenegildus rex iuvenis, terrenum regnum dispiciens, et forti desiderio caeleste quaerens, in ciliciis iacere vinculatus, omnipotenti Deo ad confortandum se preces effundere, tantoque sublimius gloriam transeuntis mundi dispicere, quanto et relegatus agnoverat nihil fuisse, quod potuit auferri. Supervenienti autem paschalis festivitatis die, intempestae noctis silentio, ad eum perfidus pater arrianus episcopum misit, ut ex eius manu sacrilegae consecrationis communionem perciperet, atque per hoc ad patris gratiam redire mereretur. Sed vir Deo deditus arriano episcopo venienti exprobravit, ut debuit, eiusque a se perfidiam dignis increpationibus reppulit, quia, etsi exterius iacebat ligatus, apud se tamen in magno mentis culmine stabat securus.

Ad se itaque reverso episcopo, arrianus pater infremuit, statimque suos apparitores misit, qui constantissimum confessorem Dei illic, ubi iacebat, occiderent; quod factum est. Nam mox ut ingressi sunt, securem cerebro illius infigentes, vitam corporis abstulerunt, hocque in eo valuerunt perimere, quod ipsum quoque qui peremptus est in se constiterat dispexisse. Sed pro ostendenda vera eius gloria, superna quoque non defuere miracula. Nam coepit in nocturno silentio psalmodiae cantus ad corpus eiusdem regis et martyris audiri, atque ideo veraciter regis quia martyris...» *Dial.*, 3, 31.

²² «... Hermenegildus factione Gosuinthae reginae tyrannidem assumens in Hispali ciuitate rebellionem facta recluditur et alias civitates atque castella secum contra patrem rebellare facit... Hermenegildus in urbe Tarraconensi a Sisberto interficitur.» *Chronica*, ad a. 579, 3; 585, 3.

²³ «Hermenegildum deinde filium imperiis suis tyrannizantem obsessum exsuperavit.» *Historia Gothorum*, 49; «Deinde (Miro) in auxilium Leovigildo Gothorum regi adversus rebellem filium ad expugnandam Hispalim pergit.» *Historia Sueborum*, 97.

ve venir el juicio de Dios sobre sus actos²⁴. El Biclarense y San Isidoro censuran su antiespañolismo, al escindir en dos con su rebelión al pueblo romanovisigodo²⁵. El silencio sobre la conversión de Hermenegildo en el Biclarense, en San Isidoro, en San Leandro y Recaredo en el concilio de Toledo del 589 es altamente significativo y se ofrece como una condenación tácita del insurrecto, o como una medida adoptada por razones políticas. Sobre todo, el carácter y la solemnidad del concilio toledano, al magnificar la conversión del pueblo godo a la Iglesia, reclamaba en la glorificación homilética de San Leandro y en la alta aprobación oficial de Recaredo, unas palabras de recuerdo al Príncipe regio que había dado el primer paso, rubricándolo con su sangre. Más aún, el mismo Gregorio Magno siente cohibida su pluma, canonizadora de Hermenegildo en los *Diálogos*, cuando, al responder a Recaredo y Leandro y congratularse efusivamente de la conversión de las Españas, silencia en absoluto el nombre del mártir Hermenegildo²⁶.

El autor de *Vitas Patrum Emeretensium*, al relatar el advenimiento al reino visigodo de Recaredo, calca literalmente la redacción de Gregorio Magno en los *Diálogos*; pero cambia intencionadamente las palabras, borrando la alusión al mártir, de este modo. En lugar de decir: «Post cuius (Leovigildi) mortem Reccaredus rex non patrem perfidum, sed fratrem martyrem sequens, ab arianae haeresis pravitate conversus est»²⁷, escribe: «Post cuius crudelissimam mortem venerabilis vir Reccaredus princeps... qui non patrem perfidum, sed Christum dominum sequens, ab arianae haeresis pravitate conversus est»²⁸.

Esta que llamaríamos conspiración del silencio, o conjura condenatoria, se prolonga durante siglos a través de la Edad Media española. En vano se buscará el nombre de Hermenegildo en toda la liturgia mozárabe, en los calendarios, ritual, Misal, antifonario, etc. La tacha de insurrección y rebeldía proscribió su nombre de ese filón de nuestra historia medieval.

No faltó, sin embargo, un eco de la noticia elogiosa de San Gregorio

²⁴ «... cum Herminichildus... patri infensus esset... nesciens miser iudicium sibi imminere divinum, qui contra genitorem quamlibet heredicum, talia cogitaret.» *Historia Francorum*, 6, 43.

²⁵ «Quae causa provinciae Hispaniae tam Gothis quam Romanis, maioris exitii, quam adversariorum infestatio fuit.» Juan BICLARENSE, *Chronica*, ad a. 579. «Gothi per Hermenegildum Leuvigildi filium bifarie divisi mutua caede vastantur.» S. ISIDORO, *Chronica*, ad a. 586.

²⁶ *Epist. Reg.*, 1, 41; IX, 227, 228.

²⁷ S. GREGORIO MAGNO, *Dial.*, 3, 31.

²⁸ *Vitas sanctorum Patrum Emeretensium*, 16. Cf. J. N. GARVIN, *The «Vitas sanctorum Patrum Emeretensium»*, Washington 1946, p. 485-492.

Magno en Paulo Diácono²⁹, en Beda³⁰, y en los Martirologios de Floro y posteriores³¹. Ciertas Crónicas medievales, que se inspiran en San Isidoro, insertan apreciaciones provenientes del autor de los *Diálogos*: es decir, siguen el camino opuesto al del autor Emeritense de las *Vitas*³².

El capítulo del *De viris inlustribus* isidoriano, del cual nos habíamos apartado un tanto, se explaya, según su intento principal, en describir y apreciar la obra literaria de Leandro.

Hic namque in exilii sui peregrinatione composuit duos adversus haereticorum dogmata libros, eruditione sacrarum scripturarum ditissimos, in quibus vehementi stylo arianae impietatis confodit atque detegit pravitatem: ostendens scilicet, quid contra eosdem habeat catholica ecclesia, vel quantum distat ab eis religione vel fidei sacramentis. Extat et aliud laudabile eius opusculum adversus instituta Arianorum, in quo, propositis eorum dictis, suas responsiones opponit.

Por desgracia, no toda su herencia literaria ha llegado a nuestro conocimiento. Nadie ha podido dar cuenta de los dos escritos anti-arrianos aquí registrados, *Adversus haereticorum dogmata* y *Adversus instituta Arianorum*, de rica erudición escriturística, y polémica vehemente que desenmascara la herejía; el segundo de ellos pudiera calificarse en su erudición como un catecismo de ortodoxia. Tal vez en estas apologías el metropolitano de Sevilla tuviera ante sus ojos el *Libellus* que el concilio arriano, congregado por Leovigildo en 581, redactó, para seducción de los católicos. Acaso se acordara, del mismo modo, de la defección al arrianismo de aquel Vicente, obispo de Zaragoza, su coetáneo, contra quien escribía también, por aquellos días, Severo de Málaga, compañero y amigo de Liciniano de Cartagena³³. No ha de verse, desde luego, esta obra de Leandro en las *Sententiae Sanctorum Patrum... de fide sanctae Trinitatis*, contenidas en el código Augiense XVIII, que

²⁹ *Historia Langobardorum*, 3, 21.

³⁰ *Chronica maiora*, 529.

³¹ Cf. H. QUENTIN, *Les martyrologes historiques du Moyen Age*, Paris 1908, p. 314, 382, 398, 481.

³² Véase, por ejemplo, el aparato crítico a la *Historia Gothorum*, 50, en MOMMSEN, *MonGermHist, Auct. antiq.*, 11, p. 288, del *Epitome Ovetensis*, de 883; el *Chronicon Silense* hace alusión a las torturas martiriales; cf. E. FLÓREZ, *ES*, 17, 271-272, etc.

³³ Cf. S. ISIDORO, *De viris inlustribus*, 43.

publicó Künstle³⁴: las fuentes de esa Colección asignan a la misma una fecha muy posterior al siglo VI³⁵.

Siquidem et in ecclesiasticis officiis non parvo laboravit studio: in toto enim Psalterio duplici editione orationes conscripsit: in sacrificio quoque, laudibus atque psalmis multa dulci sono composuit. Scripsit et epistolas multas: ad papam Gregorium de baptismo unam, alteram ad fratrem, in qua praemonet, cuique mortem non esse timendam. Ad ceteros quoque episcopos plurimas promulgavit epistolas, etsi non satis splendidas verbis, acutas tamen sententiis.

El mismo lamento nuestro se extiende sobre estos otros dos sectores, litúrgico y epistolar, de la actividad de Leandro. Nada sabemos determinadamente de la existencia de esas *Orationes in toto Psalterio duplici editione*; sobre dos ediciones del Psalterio, como entendía Arévalo y últimamente Dom Morin³⁶. Nada asimismo de su producción melódica y de sus *Laudes atque Psalmi*, para el sacrificio eucarístico, donde tal vez se insinúa la composición de algunas Misas y otras oraciones similares. Es de presumir que la significación de su prestigio hubiera dejado huellas en la riqueza de la liturgia visigótica; pero en el estado actual de la investigación éstas no son reconocibles.

De su Epistolario, copioso, y aunque no espléndido en su lenguaje, sí sazonado de ingenio en sus sentencias, como lo califica San Isidoro, solamente percibimos algunos ecos elogiosos. Tres o cuatro cartas se conservan de San Gregorio Magno, dirigidas a San Leandro; y ello arguye que también el metropolitano de Sevilla había escrito al Papa más de una³⁷. Una de ellas, la *Epist.* I, 41, es la respuesta a la de San Leandro, que aquí recuerda San Isidoro: en ella le escribe el Papa:

Respondere epistolis vestris tota intentione voluissem... De trina vero mersione baptismatis nil responderi verius potest quam ipsi sensistis³⁸.

³⁴ La conjetura sobre esta identificación, sugerida por F. Fita, es de N. NOGUER, *Un nuevo libro de la España visigoda*, *RazFe* 2, 1902, 224. Las *Sententiae* se publicaron por K. KUENSTLE, *Eine Bibliothek der Symbole und Theologischer Tractate zur Bekämpfung des Priscillianismus und westgotischen Arianismus aus dem VI. Jahrhundert*, Mainz, 1900, p. 149-173.

³⁵ Cf. J. MADDOZ, *Le Symbole du XI^e concile de Tolède (Spicilegium Sacrum Lovaniense 18)*, Lovaina 1938, p. 165-191.

³⁶ *Isidoriana*, 87, 20. G. MORIN, *Saint Isidore et le Psautier*, *MiscIsid*, p. 157-159.

³⁷ *Reg. Epist.*, 1, 41; 5, 53; 5, 53 a.; 9, 227. La Carta 5, 53 a es la dedicatoria de los «Morales».

³⁸ *Epist. Reg.*, 1, 41.

Se ve, pues, que Leandro había solicitado del Papa alguna decisión sobre la triple inmersión en el bautismo, por la cual también abogaba Martín de Braga en su *Epistola ad Bonifacium de trina mersione*. San Isidoro conoció estas Cartas del Papa, como lo atestigua al hablar del mismo en su *De viris inlustribus*³⁹.

La Carta de Leandro «Ad fratrem, in qua praemonet mortem cuique non esse timendam», de contenido estoico y cristiano, debió de escribirse a Fulgencio.

San Isidoro no menciona la Homilía solemne de Leandro en el concilio III de Toledo, *In laudem Ecclesiae ob conversionem gentis*. Ella está, sin embargo, colmadamente atestiguada por toda la transmisión manuscrita de los concilios toledanos en la *Collectio Hispana*.

Praeterea edidit unum ad Florentinam sororem de institutione virginum et contemptu mundi libellum, titulorum distinctinibus praenotatum.

Lo más valioso de toda la producción de Leandro es una joya de la literatura ascética: el libro *De institutione virginum et contemptu mundi*, dirigido a su hermana Florentina. Su expresión noble, cálida de afecto y comunicativa, y la fluidez de su lenguaje sencillo y natural, le han merecido el calificativo de «librito de oro», con que le celebra la crítica. Nótese en él reminiscencias múltiples de la tradición patristica, especialmente del Epistolario de San Jerónimo en sus fragmentos clásicos sobre la virginidad.

Patrimonio literario breve en extensión, aunque de subido valor, y que nos hace más sensible la pérdida del resto. San Leandro supera a su hermano San Isidoro en dotes personales de escritor. Sabe utilizar los recursos literarios con admirable destreza. Nunca le abandona cierta

³⁹ «Scripsit etiam et quasdam epistolas ad praefatum Leandrum, e quibus una in eisdem libris Iob titulo praefationis adnectitur: altera eloquitur de mersione baptismatis, in qua inter caetera ita scriptum est: Reprehensibile, inquit, esse nullatenus potest infantem in baptismo mergere, vel semel vel ter, quando in tribus mersionibus personarum Trinitas, et in una potest Divinitatis singularitas designari.» *De viris inlustribus*, 40. Liciniano de Cartagena, en su Carta a Gregorio Magno, recuerda también ésta que acabamos de mencionar: «... scripsisti ei de trina tinctione», *Epist.*, 1, 6; edic. J. MADOZ, *Liciniano de Cartagena y sus Cartas (Estudios Onienses, ser. 1, vol. 4)*, Madrid 1948, p. 93. También en el Concilio IV de Toledo, presidido por San Isidoro, c. 6, se recuerda esta súplica de Leandro sobre la triple inmersión, y se copia la respuesta del Papa: «Beatae igitur memoriae Gregorius Romanae Ecclesiae pontifex, qui non solum partes Italiae illustravit sed et longe existentes ecclesias sua doctrina perdocuit, efflagitante sanctissimo Leandro episcopo de hac Hispaniae diversitate quid potius esset sequendum, inter cetera rescribens ei sic ait: De trina vero mersione...» BRUNS, *Canones Apostolorum et Conciliorum saeculorum IV.V.VI.VII*, 1, Berlín 1839, p. 224 s.

brillantez y elegancia, muy acomodada al asunto. El orador majestuoso, cuya elocuencia fervorosa de anchos pliegues clausuraba dignamente el III concilio de Toledo, se hace íntimo y sugestivo cuando habla al interior de un alma consagrada. La pincelada fraternal «suavis eloquio, ingenio praestantissimus», lo retrata justamente.

Un breve análisis del contenido de esta que ha dado en llamarse «Regla» de San Leandro, y el estudio de sus fuentes, revelan su verdadero carácter y descifran algunos enigmas que se ciernen sobre sus prescripciones. La importancia del tema nos impulsa a exponer con alguna amplitud estos aspectos.

Con el epígrafe *De institutione virginum et contemptu mundi libellus* clasificó San Isidoro la obra de su hermano. Y así es, en efecto: el hastío del Eclesiastés sobre las vanidades del mundo abre su exposición en una amplia cita; sigue luego la fervorosa exhortación a la virginidad y la serie de títulos dictados con miras a la vida práctica del claustro.

De institutione virginum se llamó también una obra análoga de San Ambrosio. Por lo demás, en la mente de los antiguos tratadistas de la ascética de la virginidad, ambos propósitos, el desprecio del mundo y la aspiración a la virginidad, corrían parejos y el uno llamaba al otro:

Quaeritur pudicitia ut facilius subsequatur mundi contemptus —decía el autor del opúsculo pseudo-jeronimiano, *Virginitatis laus*— quia ab illis mundus contemni levius potest qui matrimonii nexibus non tenentur. Mundi vero contemptus exposcitur ut iustitia conservetur: quam difficile impleri possunt qui saecularium bonorum cupiditatibus et mundanarum voluptatum negotiis implicantur (Capítulo IV).

En su contextura externa el tratado de San Leandro posee una sucesión de partes análoga a la de la célebre Carta 211 de San Agustín. En ambas obras a las prescripciones regulares precede una carta o allocución. La diferencia está en que San Agustín se dirige a las monjas, cuyas disensiones circunstanciales reprende; San Leandro, en cambio, tiene presente a su hermana en el precioso pórtico de exhortación y elogio de la virginidad, que introduce la serie de sus consejos. Ni uno ni otro se propusieron dar una Regla religiosa propiamente tal. La de San Leandro tuvo, al parecer, poca difusión, fuera del provecho inmediato de su destinataria⁴⁰; la de San Agustín, por el contrario, tuvo una descendencia como la de Abrahán, numerosa cual la de las estrellas del cielo y las arenas del mar.

⁴⁰ Sin embargo, el código *Casinense*, n. 331, del cual hablaremos al tratar de la transmisión manuscrita, revela su aplicación en otros monasterios de monjas.

La introducción, íntima y efusiva, es una dedicatoria razonada del contenido total. Leandro, el hermano mayor, quiere dotar debidamente a Florentina; y, despreciados los bienes de la tierra, como indignos de sus aspiraciones, le brinda un tesoro celestial, el patrimonio de la virginidad. Su herencia será el mismo Dios, esposo, hermano, amigo, Señor. La virginidad, ya en esta vida, viste al cuerpo de la incorrupción propia de los resucitados. Y para la vida futura le están prometidos los abrazos eternos con Cristo, entre los vítores y aclamaciones de los coros virgíneos del paraíso y de la Virgen Madre. Guarde, pues, la virgen intacta su persona, durante su peregrinación sobre la tierra, y sea este holocausto prenda purísima del premio verdadero, en el cual él también, Leandro, espera tener parte, aunque no pueda igualar a su hermana en el mérito de su estado.

Una serie de fervorosas amonestaciones subrayan los males y hastíos del matrimonio; otras ponderaciones acerca de las ostentosas vanidades del mundo apremian a la destinataria a mantenerse lejos de toda esta idolatría que corrompe la imagen de Dios en el alma.

Los 31 capítulos que forman el cuerpo de la obra regulan la vida de una monja en punto a evitar la compañía de los seglares, incentivo de perturbadoras pasiones; la caridad cristiana, la verecundia, la paciencia y el silencio; la humildad, la abstención de la carne y del vino; del mismo modo, del baño, fuera del caso de necesidad; la moderación en el reír y en la alegría vana; la modestia en el trato común y la pobreza; la vida común en todo.

He ahí la instrucción del metropolitano de Sevilla. No es impersonalmente prescriptiva, como un código, ni teóricamente doctrinal, como un tratado especulativo de ascética. No se reviste del estilo legislativo de la Regla de San Benito; ni discurre por el campo de las ideas, como Casiano; es más amplia en su contenido que la Carta de San Agustín; menos práctica y minuciosa que la de San Cesáreo de Arlés. Acércase, más bien, por su calor afectuoso y exhortatorio a los clásicos modelos jeronimianos exaltadores de la virginidad, sus Epístolas, a los cuales no llega en fogosidad y crudeza de realismo, pero supera, por el contrario, en intimidad y cálida comunicación de afecto.

Nace al calor de un deseo de obsequiar a su hermana, como quien la dota con patrimonio espléndido: *Perquirenti mihi... qua te patrimonii sorte ditarem...* Abunda en aplicaciones y consejos puramente personales, como los del capítulo final. Cuando alguna vez la asociación de ideas o continuidad de la materia guía su pluma a prescripciones más impersonales y de orden universal, parece haber traspasado el intento y siente la necesidad de excusarse ante su hermana:

Dum ergo ad te, soror, meus sermo dirigitur, derivavimus orationem erga studia plurimarum. Nulli tamen iugum imponimus, sed quod honestum est suademus (XXVII).

Nunc ad te loquendo revertar, soror, pro qua me familiaris cura sollicitat (XXIII).

Contiene el encanto de la confianza y abandono del estilo epistolar del hermano, juntamente con la doctrina pastoral y el celo fervoroso del director de espíritu.

Su estilo es vigoroso y original en la forma, dentro de la dependencia de las fuentes, que luego vamos a examinar; libre de la hinchazón y amaneramiento de otros escritores de la época; noble y levantado en la apreciación de los sentimientos humanos, fuerte y audaz en la expresión de los afectos, sin rebasar los límites de la medida; caluroso y cordial en derramar el alma por los puntos de la pluma, como gráficamente lo describió, hablando de sus cartas, su excelso amigo San Gregorio Magno:

Sanctitatis tuae suscepi epistolam solius caritatis calamo scriptam. Ex corde enim lingua tinxerat quod in cartae pagina refundebat. Boni autem sapientesque viri, cum legeretur adfuerunt, quorum statim viscera in compunctione commota sunt. Coepit quisque amoris manu in suo corde te rapere, quia in illa epistola tuae mentis dulcedinem non erat audire sed cernere⁴¹.

Estilo revelador de una grande alma. La ternura del hermano caldeada en el celo sacerdotal ha dictado estas páginas unguadas de emoción. En ellas revive con nuevos atavíos la fragante doctrina sobre la virginidad, maceta embalsamada ante el altar de Cristo Esposo, cuyo aroma embriagador rejuvenece las almas:

Cernere, dilecta soror, cernere quantum profeceris. Vide et considera quam summum teneas apicem, ut multorum gratiam beneficiorum in unum eundemque inveneris Christum. Sponsus verus utique est: frater est etiam: amicus denique est: hereditas est: pretium est: Deus et Dominus est. Habes in eo sponsum quem diligas: *Speciosus est enim forma prae filiis hominum*. Est verus frater quem teneas: adoptione enim es tu eius filia, cuius filius est ille natura. Est amicus de quo non dubites: Ipse enim dicit: *Una est amica mea*. Habes in hereditatem quam ambias: Pars enim hereditatis tuae Ipse est. Habes in eo pretium quod agnoscas, quia

⁴¹ *Reg. Epist.*, 9, 227.

sanguis eius redemptio tua est. Habes enim in eo Deum a quo regaris, Dominum habes quem metuas et honores. Totam hanc sibi in Christo praerrogativam virginitas vindicat, ut quem tremunt angeli, cui serviunt potestates, cui virtutes obtemperant, cui caelestia et terrestria genua flectunt, hunc sibi virgo sponsum vindicet, ad huius thalamum ornata virtutibus properet, hunc cubiculo cordis casto cubili foveat ⁴².

Meditare ut columba, sanctissima virgo, et mente pertracta, quae in futuro te maneat gloria, quia non adquievisti carni et sanguini neque corpus illud sanctissimum prostrasti corruptioni. Age, ergo, cogita, praesume, intellege quibus te amplexibus cupiat Christus, quae mundi calcasti inlecebras; quo te desiderio corus ille expectat virgineus; quam ipsis gradibus properantem caelorum ardua vident, quibus cohors ipsa virginalis pervenit ad Christum ⁴³.

Un valor inapreciable se le allega por otro aspecto. Con tópicos que pudiéramos llamar jeronimianos, por el modelo que tiene ante los ojos, describe morosamente, para advertir de sus innegables peligros, el variado ornato de las mujeres. Y, sin llegar a los toques corrosivos de la pluma del Solitario de Belén, sus cuadros atinadamente observados y vigorosamente coloristas, no dejan de ser un valioso documento de la época sobre este aspecto de la vida social. Hay párrafos que brillan con el centelleo de otro tesoro de Guarrazar, para abrir un resquicio sobre el lujo de la aristocracia visigoda:

Certum est, mi soror, eam, quae nitorem vestium composuerit, odore peregrino flagraverit, fuco mutaverit oculos, faciem candore alieno obdlexerit, brachia circulis instruxerit aureis, anulos digitis inseruerit et distinctione gemmarum sidereo radiaverit fulgore manibus, aures metallo adgravaverit, colla margaritis et vario gemmarum absconderit tegmine, caput ponderaverit auro: certum, inquam, est, hanc non esse castam, quae ad hoc se ita composuit ut multorum feriat oculos, multorum animos moveat inlicitaque mentes ⁴⁴.

Todo lo cual ha de entenderse, dicho se está, con las debidas reservas ante un texto que, aun desde el punto de vista redaccional, depende diversamente de sus modelos. Porque es evidente que no puede darse por sí mismo valor absoluto de afirmación personal a un enunciado que se reconoce elaborado con expresiones ajenas. Y esto nos introduce de

⁴² Introd. Hácense las citas según el texto de A. C. VEGA, *El «De institutione Virginum»*, El Escorial, 1948; en casos determinados corrijo el texto según el códice *Casinense*, n. 331.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*

lleno en el aspecto que tratamos de considerar en la obra de San Leandro: el estudio especial de sus fuentes y las consecuencias que de ahí se derivan para resolver ciertos enigmas.

Grato nos es consignar desde el principio que San Leandro no es servil en su dependencia de las fuentes. En esto difiere en gran manera de su hermano San Isidoro. Este transcribe literalmente sus modelos; San Leandro, en cambio, se asimila el pensamiento, pero, salvo algunos vestigios de expresión y ciertos términos aislados, no copia su redacción literal. Más bien parece que tiene empeño en evitar la coincidencia redaccional, como quien se esfuerza por borrar las huellas de su paso por los autores utilizados, lo mismo que el león, según la descripción de San Isidoro, borra con su cola sus pisadas, para no ser descubierto por los cazadores⁴⁵. En este sentido pueden justificarse los elogios que ha tributado la crítica a la fuerte y original personalidad del estilo de San Leandro⁴⁶.

Pero esto no quiere decir que sea original en todo. Estudios previos al nuestro habían señalado certeramente algunos pensamientos de la obra de San Leandro en los grandes Padres de la Iglesia latina⁴⁷. Con todo, la investigación sistemática de las fuentes no estaba hecha todavía. Hoy podemos registrar, creemos que con seguridad crítica, las múltiples fuentes que han venido a engrosar la aportación literaria del Hispalense: San Cipriano y San Ambrosio en sus respectivos tratados sobre la virginidad; San Jerónimo en varias piezas de su Epistolario y en otras obras; Casiano en su *De institutis coenobiorum et de octo principalium vitiorum remediis*; San Agustín en su *De civitate Dei* y, singularmente, en su célebre *Regla*, la *Carta 211*, caso este último desconocido hasta ahora, y que, sin embargo, es clave para la ilustración de ciertos problemas. Debe notarse como fenómeno singular la ausencia de toda dependencia respecto de la *Regla* de San Benito⁴⁸.

El modelo que más huella ha dejado en la exhortación de San Leandro es la *Carta 22* de San Jerónimo, a la virgen Eustoquio. Aquel eximio tratado de la excelencia y de las obligaciones de la virginidad, una

⁴⁵ *Etymol.*, I. 12, c. 2, 5.

⁴⁶ De las obras de San Leandro dicen SCHANZ-HOSIUS-KRUEGER: «Beide Schriftstücke verraten auch in der Form starke persönliche Eigenart und verdienen eine eingehendere Betrachtung, als ihnen bisher zuteil geworden ist.» *Geschichte der römischen Literatur*, 8, 6, 2, München 1920, p. 628.

⁴⁷ Cf. J. PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles en la edad media*, 1, Madrid 1933, p. 228-231.

⁴⁸ Sin embargo, como amablemente me comunica el P. Dom A. Olivari, las palabras de Leandro: «Dum ergo ad te meus sermo, soror, dirigitur», parecen ser un eco de las de San Benito en el Prólogo de su *Regla*: «Ad te ergo nunc mihi sermo dirigitur.»

de las obras maestras del gran estilista entre los Padres, resuena fervorosamente en las vigorosas páginas del Hispalense. El polvillo de oro de la retórica jeronimiana se le ha quedado en las manos al metropolitano de Sevilla y se ha esparcido por toda su redacción. No hay copia de frases enteras ni voluntaria reproducción estilística, por el solo afán de imitar. Pero antes de ponerse a escribir el sevillano ha meditado especialmente la obra de San Jerónimo; ha ponderado sus motivos y el peso de sus razonamientos; hase asimilado el valor de su ascética sobre la virginidad. No pocas veces explana con mayor detención lo que en el modelo se halla sintéticamente condensado. Tal sucede con el motivo jeronimiano acerca de los desposorios de la virgen con Cristo: en San Jerónimo está solamente indicado, aunque en su verdadero alcance y fundamento escriturístico; en San Leandro se desarrolla en sabrosos pormenores y ponderaciones de mística audacia. Como no podía menos de suceder, aun los términos son comunes a veces, pero sin voluntario intento de copia.

No es ocasión ésta de descender a muchos casos particulares. No podemos, sin embargo, prescindir de algunos ejemplos característicos, que ilustren la fisonomía de estilo de San Leandro y preparen la solución de los problemas que hemos de considerar.

La modestia en la vista se recomienda y razona casi con las mismas expresiones:

San Leandro

... quos ad hoc diabolus obicit et virginis opponit oculis, ut formas eorum quos *per diem viderit* virgo meditetur in nocte (III).

San Jerónimo

... inter frequentiam puellarum, *per diem videas* quod nocte cogites (Epist. 125, 11).

Dígase lo mismo de esta admonición, sobre la pérdida de la virginidad:

San Leandro

Virginitas semel perdita, nec hic reparatur nec in futuro recipitur (Introd.).

San Jerónimo

Audenter loquar: cum omnia possit Deus, suscitare virginem non potest post ruinam (Epist. 22, 5).

Otras veces el Hispalense, más tético, no reproduce la intimación apremiante del modelo:

San Leandro

Precor te, soror Florentina, ut feminae quae tecum non tenent unam professionem, non accedant ad tuam societatem: quod enim amant hoc suggerunt et has res insinuabunt auribus quae in earum versantur desideriis. Heu mihi, soror! *Conrumpunt mores bonos eloquia mala...* Illa te non sequitur quae virum diligit (I).

San Jerónimo

Matronarum maritis ac saeculo servientium, tibi consortia declinentur, ne sollicitetur animus, et audias quid vel maritus uxori, vel uxor locuta sit viro. Venenatae sunt huiuscemodi confabulationes... *Conrumpunt mores bonos confabulationes pessimae* (Epist. 130, 18).

No faltan, sin embargo, ocasiones en que se reproducen y aun se potencian con singular audacia los atrevimientos del original. Contra lo que hubiera podido esperarse, el delicado pensamiento de ver en las vírgenes las esposas de Cristo, clásico después en la historia del ascetismo cristiano, se halla por vez primera en el rudo polemista de Cartago, Tertuliano: el panal de miel en las fauces del león bíblico⁴⁹. La breve exposición de este concepto por San Jerónimo, en la Carta *ad Eustochium*, sirve de base a la amplia exposición introductoria de San Leandro. De ahí se toman estas expresiones:

San Leandro

Si tu accepta Deo es, si tu casto cubili cum Christo cubaveris, si tu Christo amplexibus fragrantissimo virginitatis adore inhaeris... (Introducción).

San Jerónimo

...carne contempta, sponsi iungaris amplexibus (Epist. 22, 1).

San Leandro vence aquí en intimidad y audacia a su modelo.

Otras veces se sirve de ejemplos típicos, concisamente aducidos por San Jerónimo, que él desarrolla descriptivamente:

⁴⁹ Cf. TERTULIANO, *De oratione*, 22; *De carnis resurrectione*, 61.

San Leandro

Piscis per illecebras hamo capiuntur. Avis obiectu escae in decipulam cadit. Bestiae, quae naturali virtute sunt rigidae, cupiditate cibi in foveam proruunt (XIII).

San Jerónimo

Sic bestiae, sic aves, sic capiuntur et pisces. Modica in hamo esca ponitur... (*Epist.* 52, 9).

Al trazar San Leandro el capítulo XVIII, *De usu vini*, tiene sin duda ante los ojos el n. 8 de la Carta *ad Eustochium*. Así, el texto de San Pablo a Timoteo, 5, 23, con la explicación del vino-medicina, es casi idéntico en ambos:

San Leandro

Dum enim dicit *modicum*, medicinaliter bibendum fore monstratur, non ad ebrietatem (XVIII).

San Jerónimo

...ut ex hoc stomachi dolor, te frequens mederetur infirmitas... *modicum* praecepit esse sumendum, medici potius consilio.

Del mismo modo, el caso de Noé, con la desnudez vergonzosa consecuente, como secuela del *error* o ignorancia en el estado de embriaguez:

San Leandro

Bibit vinum Noe, atque ebrietate sopitus, parte corporis verecundiore denudatus est... errorem facti insinuat (XVIII).

San Jerónimo

Noe vinum bibit, et inebriatus est... inebriare vinum forsitan nesciebat... Post ebrietatem nudatio femorum subsecuta est.

Asimismo, el incesto de Lot, sólo factible por la inconsciencia de la embriaguez; la descendencia de los Moabitas y Amonitas, etc.:

San Leandro

Loth vino crapulatus, incestum intulit filiarum *nec sensit errorem; de quo incestuoso concubitu nascuntur Moabitae et Ammonitae*. Et Dominus dicit: *Moabitae et Ammonitae non intrabunt in ecclesiam meam usque in decimam generationem* (ibidem).

San Jerónimo

Loth... inebriatur a filiabus suis... denique *quid fecerit ignoravit... inde nascuntur Moabitae et Ammonitae*, inimici Israel, qui *usque ad quartam et deciman progeniem*, et usque in aeternum, *non ingrediuntur in ecclesiam Dei*.

Son exactamente los tres ejemplos que como argumentación aduce San Jerónimo, y expuestos en el mismo orden. Idénticos son también no pocos pormenores y aspectos de ponderación. La inspiración es, pues, evidente. Pero no hay copia literal, como suele haber en San Isidoro; y en este caso es un indicio que nos revela el procedimiento más independiente de estilo, que guarda San Leandro. Tratando como trata la misma materia, evita reflejamente incurrir en una redacción literalmente idéntica. La frase «Bibit vinum Noe» supone el intento de no coincidir con la de San Jerónimo «Noe vinum bibit»; ésta es más eufónica; pero Leandro prefiere la suya por no incurrir en plagio.

Al mismo empeño se debe el cambiar ciertos aspectos consignados por San Jerónimo, como la ignorancia de la fuerza embriagadora del vino antes del diluvio, algunos pormenores crudamente realistas en el caso de Noé, las razones que guiaban a las hijas de Lot en su audaz conducta, etc. En cambio, introduce otros personalmente, como la ponderación de la gravedad mortal en el pecado de embriaguez, con sus textos escriturísticos comprobantes y el carácter típico de la desnudez de Noé, representativo de Jesucristo, y el texto escriturístico acerca de los Moabitas. En conclusión, San Leandro se apodera de la argumentación de San Jerónimo, pero elabora una concepción y estilo netamente personales.

Otros muchos ejemplos pudieran todavía aducirse de imitación respecto de San Jerónimo, como el de los que trabajan en las minas, XXVIII, comparado con *Adv. Iovin.*, II, 6, etc.

De Casiano toma San Leandro la doctrina que en el capítulo XXVI expone sobre el fundamento de la vida común: es, dice, de origen apostólico y proviene de la primera vida cristiana establecida por los Apóstoles en Jerusalén; la vida privada fue solamente tolerada en un principio para los cristianos que provenían de la gentilidad y sentían dificultad en adherirse a la vida común. Los monasterios son continuación de la vida de los Apóstoles y de los cristianos que procedían de la Antigua Ley⁵⁰:

San Leandro

Privatam enim vitam de usu gentilium traxit Ecclesia; quos dum nequiverunt apostoli ad normam suae vitae transducere, Ecclesiae

Casiano

Itaque coenobitarum disciplina a tempore praedicationis apostolicae sumpsit exordium. Nam talis existit in Hierosolymis omnis illa cre-

⁵⁰ Sobre la cuestión de fondo y lo inexacto de la doctrina de Casiano, ya que el Cenobitismo nació con San Pacomio, véase H. LECLERCQ, «Cénobitisme», *Dict-ArchChrétLit* 2, 3047-3218; J. OLPHE-GAILLARD, «Cénobitisme», *DictSpir* 1, 404-416.

venientes ex gentibus permiserunt private vivere rebusque propriis uti (XXVI).

Ceterum qui sub apostolis crediderunt ex hebraeis, eandem normam, quam nunc tenent monasteria, servaverunt. Quaere quod legitur in Actibus Apostolorum, et verum esse quod dico probabis: *Multitudinis*, inquit, *credentium*... Cerne quod viventes in monasteriis regulariter, apostolorum teneant vitam; nec dubitent eorum adsequi merita quorum exempla imitantur (ibidem).

dentium multitudo, quae in Actibus Apostolorum ita describitur... Talis, inquam, erat tunc omnis Ecclesia, quales nunc perpauca in coenobiis invenire difficile est (*Conl.* XVIII, 5).

Sed cum post Apostolorum excessum tepescere coepisset credentium multitudo, ea vel maxime quae ad fidem Christi de alienigenis ac diversis gentibus confluebant, a quibus Apostoli, pro ipsius fidei rudimentis ac inveterata gentilitatis consuetudine nihil amplius expetebant nisi ut ab immolatiis idolorum et fornicatione et suffocatis et sanguine temperarent, atque ista libertas quae gentibus propter infirmitatem primae credulitatis indulta est, etiam illius Ecclesiae quae Hierosolymis consistebat, perfectionem paulatim contaminare coepisset... Hi autem quibus apostolicus inerat fervor, memores illius pristinae perfectionis, discedentes a civitatibus suis illorumque consortio, qui sibi vel Ecclesiae Dei remissioris vitae negligentiam licitam esse credebant, in locis suburbanis ac secretioribus commanere et ea quae ab Apostolis per universum corpus Ecclesiae generaliter meminerant instituta, privatim ac peculiariter exercere coeperunt; atque ita coaluit ista quam diximus discipulorum qui se ab illorum contagio sequestraverunt disciplina (*Conl.* XVIII, 5).

Cuanto se ha expuesto sobre las características de esta dependencia de Leandro respecto de sus fuentes, pudiera repetirse con relación a otros modelos suyos. Pero este estudio nos llevaría lejos. Examinemos más bien, ante el hecho cierto de las fuentes y la modalidad de su uso, algunos de los problemas que proyectaban su sombra sobre el escrito del metropolitano Hispalense.

Aunque como pura hipótesis suele recordarse por los historiadores la conjetura emitida por Gams, de que la «Regla» de San Leandro sea una refundición de la Carta de Osio de Córdoba a su hermana, *De laude virginitatis*, hoy desaparecida, que registra San Isidoro⁵¹. Suposición ingeniosa del benemérito historiador de la Iglesia española, que él trataba de fundar en el hecho de que en la biblioteca hispalense de Leandro e Isidoro debía de hallarse la obra del consejero de Constantino. Hoy, a la luz de las fuentes de que ciertamente depende San Leandro, a lo largo de toda su exposición, la tal conjetura aparece enteramente desprovista de fundamento. En otra literatura, postnícena en su mayor parte, se descubren las huellas por donde ha pasado el metropolitano de Sevilla, y otros son los nombres que hay que catalogar como sus fuentes favoritas.

La fuga del mundo y la exhortación a la virginidad es el motivo que en mil variaciones caracteriza las Cartas espirituales de San Jerónimo. El mismo reconoció, tocante a este tema, que en algunos de sus aspectos, en el cuadro sombrío especialmente de las incomodidades del matrimonio, se dejó llevar de la retórica: «Rhetoricati sumus et in morem declamatorum paululum lusimus», dice al terminar su alegato *Adversus Helvidium* (n. 22).

También San Leandro, en alas del celo fervoroso por la virginidad, utiliza en su introducción el argumento de las molestias conyugales, de sello jeronimiano:

San Leandro

Habent nuptiae unde laetentur, si sui fructus caelesti horreo reponantur. Tu quoque communium parentum cumulabis merita: tuis uterque parens honoribus munerabitur: et te prole, Christo adhaerente, ipsi recipient in fructu quod in cespite perdiderunt. Recole, mi soror, humanae nuptiarum aerumnas, et claude oculos ne videas vanitatem. Prima pericula nuptiarum haec sunt: conruptio, fastidia conruptionis, pondus uteri gravidati, dolor partus,

San Jerónimo

...nec enumeraturum molestias nuptiarum, quomodo uterus intumescat, infans vagiat, cruciet pellex, domus cura sollicitet, et omnia, quae putantur bona, mors extrema praecidat. Habent et maritatae ordinem suum, honorabiles nuptias et cubile immaculatum (Epist. 22, 2).

⁵¹ P. B. GAMS, *Die Kirchengeschichte von Spanien*, 2, 2, Ratisbona 1874, p. 43; H. WARD, «Leander», *DictChristBiogr* 3, Londres 1882, 640.

plerumque ad discrimen mortis perveniens, ubi et munus nuptiarum perit et fructus, dum simul mater cum prole deficit, et omnis illa pompa nuptialis mortis frustratur termino (Introd.).

... virgo nascitur caro de nuptiis, et in fructu reddens quod in radice perdiderat (*Ibid.* 19).

El precepto divino del matrimonio dado en el paraíso no tiene otra razón de ser en ambos escritores que la de constituir un semillero de vírgenes:

San Leandro

Verum est quod Deus praecepit nuptias, sed idcirco ut esset *unde nasceretur virginitas* (Introd.).

San Jerónimo

Si virginitatem Dominus imperrasset, videbatur nuptias condemnare, et hominum auferre seminarium *unde et ipsa virginitas nascitur* (*Adv. Iov.*, I, 12).

Laudo nuptias, laudo coniugium: sed quia mihi virgines generant (*Epist.* 22, 20).

El encarecimiento de la virginidad sobre el matrimonio, recto en sí, se exalta demasiado en ciertos argumentos. San Jerónimo tuvo que defenderse contra los que le acusaban de exagerado. También San Leandro previene esta acusación, cautamente preocupado. El cuadro sombrío que describe del matrimonio se debe a la escuela retórica de San Jerónimo.

Más justo en la doctrina y equilibrado en la expresión se muestra en este punto San Agustín: en su tratado *De sancta virginitate* (n. 13 ss.) no oculta sus recelos ante aquellos razonamientos, como si alguien pudiera tentarse a guardar virginidad solamente por evitar incomodidades⁵².

Y pues hablamos de rigorismos, antes de dejar esta materia voy a decir dos palabras acerca de un capítulo en que San Leandro sobrepasa en rigor a sus predecesores.

El capítulo XXI de su «Regla» es muy personal. Pudiera titularse: *Del gozo espiritual en las monjas*. En su original lleva el título: *Ut vir-*

⁵² En otros pasajes de sus obras subraya el desagrado insufrible que lleva consigo la servidumbre en los fenómenos fisiológicos que acompañan a la propagación de la especie. Cf. *Soliloquios*, 1, 9, 17; 1, 14, 25; *Sermón*, 212, 2; 151, 8; *Confesiones*, 10, 30, 24; *De Genesi ad litteram*, 12, 15, 31; *De civitate Dei*, l. 14, 16, etc.

gine ridere praesumptive peccatum est. En él se regula y se fundamenta amplia y acertadamente la alegría espiritual, con la cita de los mejores testimonios escriturísticos: gozo en el Señor, como fruto del Espíritu Santo, y anticipo de la felicidad eterna. Gozo que no estalla en risas impropias y desenfrenadas. San Leandro mira la risa de las monjas con ceño adusto. No es tiempo de reír éste de nuestra peregrinación sobre la tierra, sino de llorar por el destierro y por la ausencia forzosa del esposo. La risa desvergonzada es un estallido de corazón no casto. Si no me engaño, también aquí la ascética jeronimiana dio su primer impulso:

San Leandro

Risum ergo, soror, ut errorem fuge... (XXI).

San Jerónimo

Ridere et rideri saecularibus derelinque. Gravitas tuam personam decet (*Epist.* 130, 13).

También San Ambrosio, aunque con otra argumentación y moderación mayor, recomienda a las vírgenes: «Ne ipsam quidem liberiolem laetitiam in virginibus decet esse»⁵³.

Pasando a otro punto, no sé si la dependencia de San Jerónimo puede dar alguna luz en un problema personal de San Leandro, suscitado por algunos críticos. Apoyándose en ciertos pasajes de la introducción a su «Regla», han juzgado algunos que San Leandro fue casado⁵⁴: en efusiva exhortación a la virginidad, de varios modos dice Leandro a su hermana que le desea la perfección en lo que él ha perdido. Pero ¿hasta qué punto ha de concederse valor y sentido personal a tales expresiones que son reminiscencias de San Jerónimo?

San Leandro

Senti fratris animum tuos desiderare profectus; senti fratris concupiscentiam velle te esse cum Christo; quia etsi in me non habeo quod in te proficere volo et perdidisse me doleam quod te tenere desidero,

San Jerónimo

Virginitatem autem in caelum ferro, non quia habeam sed magis mirer quod non habeo. Ingenua et verecunda confessio est, quo ipse careas id in aliis praedicare (*Epist.* 48, 20).

⁵³ *Exhortatio virginitatis*, 11, 75-76.

⁵⁴ «A passage in the introductory letter, unnoticed by Leander's clerical biographers, would seem to shew that he had been married at some period in his early life.» H. WARD, «Leander», 640.

erit interim mihi quaedam portio remissionis, si tu, quae pars melior es nostri corporis, in via peccatorum non steteris; si quod tenes firmissime teneas (Introd.).

San Leandro habla a continuación de su *negligencia, reato, etc.*, para así obtener la intervención de su hermana ante Jesucristo. ¿No será más acertado reconocer aquí uno de los frecuentes casos de humildad en los Santos, que se inculpan más de la cuenta en sus cargos personales con frases ya estereotipadas en confesiones ajenas? Recuérdese la confesión afrentosa que de sus culpas cotidianas hace San Jerónimo en su *Carta 18*, como si aun después de su bautismo hubiera sucumbido víctima de la disolución. Alguien ha tomado a la letra tales extremos; pero la crítica sensata no da valor alguno personal a sus afirmaciones, sino que ve simplemente una aplicación oratoria que reproduce a la letra, en reminiscencia intencionada, un pasaje de Orígenes⁵⁵. En el caso de Leandro, la prudencia dicta fallar con el sensato Mabillon, que comenta así el pasaje de la «Regla» del Hispalense: «En quantum sibi tribuit vir innocentissimus, nec aliud humilitatis ipsius argumentum quaeras quam propriam accusationem; quamquam iure dubites ipsine hac in parte de seipso credas»⁵⁶.

Sin salir de las dependencias jeronimianas de San Leandro, hay una afirmación en su tratado que ha llamado la atención de los críticos: San Leandro parece afirmar que el primer pecado de Adán consistió en la pérdida de la integridad virginal. Así es: esa doctrina no era nueva en los días de San Leandro; hállese en algunos autores antiguos, y ya Filón interpretaba la caída de Adán como el relato simbólico de una falta carnal⁵⁷. En el pasaje del Hispalense tal no hay, sino una ulterior elaboración, más acentuada, de ciertas expresiones del Solitario de Belén. En ambos escritores hay este pensamiento básico: los hombres corrompen la integridad primitiva; las vírgenes la conservan:

San Leandro

Gaudeo ergo te talem esse, qualis Dei formata es manibus. Ille integram condidit utique, quam integritati dicavit, quam ad integrita-

San Jerónimo

Cum ergo boni creati simus et recti a Deo, ipsi vitio nostro sumus ad peiora delapsi; et quod in paradiso rectum in nobis fuerat,

⁵⁵ Cf. F. CAVALLERA, *Saint Jérôme, sa vie et son oeuvre*, en *Spicilegium Sacrum Lovaniense*, fasc. 2, 2, Lovaina 1922, p. 72-75.

⁵⁶ *Acta Sanctorum Ordinis S. Benedicti*, 1, Macon 1935, p. 384.

tis praemia praeparavit. Perverse enim naturam conrumpunt homines, quam Deus formavit integram. Et haec offensa humani generis prima, haec damnatae originis causa, dum propotoplausti esse noluerunt quod fuerant conditi; idcirco meruerunt et in se et in prole damnari. Reparatae castimoniae in vobis receptaculum, o virgines, quod perdidierunt in paradiso primi homines. Vos enim conditionem servastis primigeniorum hominum, quae tales perseverastis quales illi sunt instituti (Introd.).

egredientibus de paradiso depravatum est. Quod si obieceris, ante quam peccarent, sexum viri et feminae fuisse divisum, et absque peccato eos potuisse coniungi, quid futurum fuerit incertum est. Neque enim Dei possumus scire iudicia, et ex nostro arbitrio illius sententiae iudicare. Hoc quod factum est in propatulo est, quod qui in paradiso virgines permanserunt, eiectioni de paradiso copulati sunt (*Adv. Iov.*, I, 29).

La dependencia ideológica entre San Leandro y San Jerónimo parece fundada. En el fondo de ambas explicaciones existe este pensamiento: la virgen conserva en su valor primigenio el estado de integridad que perdieron con su pecado los primeros hombres. Ante este hecho se esclarece, si no me engaño, el origen de la afirmación de San Leandro sobre que el primer pecado fue la pérdida de la integridad. San Jerónimo no afirma tal cosa; pero al subrayar tan enérgicamente el hecho de que en el paraíso no hubo, ni había de haber jamás tal vez, quebranto de la integridad virginal, y que solamente fuera del paraíso, juntamente con el pecado, tuvo lugar dicho quebranto, da pie, como quien dice, para que San Leandro elabore su pensamiento en la misma tendencia, y llegue a afirmar que el pecado consistió cabalmente en la corrupción primera del estado virginal⁵⁷.

Pero lo más típico en la «Regla» de San Leandro, y que ha dado que cavilar no poco a los críticos, es que, aun dentro del monasterio —se dice— y bajo una misma perfección religiosa, retiene la diversidad de rango social que las monjas poseían en el mundo: la princesa no ha de ser tratada en el claustro como la esclava. He aquí una prescripción discordante con toda la tradición monástica, y que parece delatar origen germánico, transmitido por los visigodos⁵⁸.

⁵⁷ Sobre el aspecto tradicional de este problema, recientemente agitado, véase F. ASENSIO, *¿Tradición sobre un pecado sexual en el paraíso?*, Greg 30, 1949, 490-520; 31, 1950, 35-62; 163-191; 362-390.

⁵⁸ También en San Gregorio Niseno se halla la doctrina de que, si no hubiera pecado el primer hombre, la multiplicación del género humano no se hubiera realizado por la vía del matrimonio, sino por el procedimiento usado entre los ángeles, el cual, por otra parte, nos es desconocido. Cf. *De hominis opificio*, 16-17.

⁵⁹ Cf. M. VILLER-K. RAHNER, *Ascese und Mystik in der Väterzeit*, Friburgo de Br.

El esclarecimiento de este problema, no resuelto hasta ahora, fluye por sí mismo, reconocida la dependencia ideológica y aun literal que en este y en otros pasajes guarda San Leandro respecto de la *Carta 211* de San Agustín. Es éste un hecho que no se había investigado hasta ahora: creíase que en la «Regla» de San Leandro no se daba vestigio alguno de la «Regla» de San Agustín. Por su importancia vamos a dedicarle especial atención. También tiene su parte en esta doctrina, como veremos, la *Carta 22* de San Jerónimo.

Por el nombre y prestigio de su autor, pero también por el carácter razonable y por la variedad de aplicaciones de la misma, la «Regla» de San Agustín disfrutó de una difusión extraordinaria. Bajo su doble forma, para mujeres y para hombres, ocupó el Africa del Norte: todas las Reglas de esta región, de los siglos V y VI, son copia, resumen o paráfrasis de la misma. Sirvió de modelo a la Regla de San Cesáreo, etc.⁶⁰

Que San Leandro utiliza la «Regla» de San Agustín se ve en varios pasajes, aun sin llegar a los capítulos XXII y XXVII del *De institutione virginum*, que son los que hemos de estudiar con más detalle.

De San Agustín deriva el Hispalense algunas ideas, y aun expresiones, cuando en la Introducción compara a la virgen con la Iglesia; pero en este caso se sirve del *De sancta virginitate* del obispo de Hipona:

San Leandro

Vos estis enim prima delibatio corporis Ecclesiae... Pro vestro enim proposito et *pro fide sua omnis Ecclesia nomen virginitatis* incepta est, dum in ea melior pars et pensior vos estis, quae animae et corporis vestri integritatem Christo dicastis. Et licet in omnibus suis generaliter membris *fide maneat virgo*, tamen *suorum parte membrorum*, quod estis vos, non incongrue *virgo est, etiam corpore* (Introd.).

San Agustín

Cum ipsa igitur universa Ecclesia virgo sit desponsata uni viro, Christo, sicut dicit Apostolus, quanto digna sunt honore membra eius, quae hoc custodiunt etiam in ipsa carne quod *tota custodit in fide?* Quae imitatur matrem viri sui et domini sui. Nam Ecclesia quoque et mater et virgo est. Cuius enim integritati consulimus si virgo non est?... Proinde cum Ecclesia universa sit sancta et corpore et spiritu, nec tamen universa sit corpore virgo, sed spiritu, quando sanctior est in *his membris*, ubi *virgo est et corpore et spiritu?* (*De sancta virg.*, 2).

1939, p. 203, con la referencia a H. BOEHMER, *Germanisches Christentum*, ThStKrit 86, 1913, 165-280, principalmente 245-250; J. PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles en la edad media*, 1, p. 226.

⁶⁰ Véase el estudio de P. MONCEAUX, *Saint Augustin et Saint Antoine*, MiscAgost 2, Roma, 61-89, principalmente 84-86.

He subrayado los puntos de contacto, que no parecen deberse a pura coincidencia casual ni a dependencia de un tercero. Más claramente tal vez se observará el influjo agustiniano en la doctrina sobre el baño, del capítulo XX; y aquí entramos ya a examinar lo referente a la «Regla» de San Agustín:

San Leandro

Balnea non pro studio vel nitore utaris corporis, sed tantum pro remedio salutis. Utere, inquam, lavacro quando poscit infirmitas, non quando suaserit voluntas... Quapropter non te illicit lavare saepius carnis voluntas, sed infirmitatis imperet necessitas (XX).

San Agustín

Lavacrum etiam corporum ususque balneorum... cuius autem infirmitatis necessitas cogit lavandum corpus, non longius differatur; fiat... de consilio medicinae (Epist. 211, 13).

Leandro establece la regla de la discreción, atendida la necesidad de la salud. Omite la prescripción ordinaria de San Agustín, del baño mensual, y propone como norma lo que éste especificaba como caso de enfermedad ⁶¹.

El capítulo XVIII de la «Regla» de San Leandro versa sobre el ayuno y el trato especial que ha de darse a las enfermas. El principio normativo de domar la carne rebelde con abstinencias y ayunos, cuanto la salud del cuerpo lo permita, y la advertencia de que la diferencia de trato a las enfermas no ha de ser piedra de escándalo para las unas, ni ocasión de engreimiento para las otras, son de origen claramente agustiniano:

San Leandro

Ieiunia certe valido corpori imponenda sunt... Subiuganda est ieiuniis caro rigida...

Nec debet scandalizari quae sana est si remissius vel indulgentius quae infirma est alitur; sed magis eo se meliorem sanctioremque esse consideret, quod fragilibus rebus non indiget quibus eget infirmitas.

San Agustín

Carnem vestram domate ieiuniis et abstinentia escae et potus, quanto valitudo permittit...

Quae infirmae sunt ex pristina consuetudine, si aliter tractentur in victu, non debet aliis molestum esse nec iniustum videri, quas fecit alia consuetudo fortiores. Nec illas putent feliciores, quia sumunt quod

⁶¹ San Leandro en este pasaje sobre el baño parece hacer uso también de un principio que sienta Casiano cuando habla de la moderación en la comida: «Apostolus inquit: *et carnis curam ne feceritis in desideriiis*. Non ergo curam eius omnimodo interdixit, sed ut in desideriiis fieret denegavit.» *De institutis coenobiorum*, 5, 8.

Illa autem quae infirmitatis obtentu meretur aliquid lenius, sit prae caeteris humilis, doleatque se non posse quae aliae possunt; et abstinentiam tempore laxatam non reputet virtuti, sed infirmitati (XVIII).

non sumunt ipsae, sed sibi potius gratulentur, quia valent quod non valent illae (*Epist.* 211, 9).

Pasando a otra materia, la ocultación de alguna cosa pertinente a la vida común, se condena como hurto en ambas legislaciones:

San Leandro

Furti crimen est; quoniam dum omnia quae habentur in monasterio omnibus sunt communia, habere una latenter praesumit quod a ceteris ignoratur; et aliud publice cum omnibus utitur, aliud furtive abscondit. Fraus est manifesta, quia non reponit in commune quod possidet, sed exiguam parvitatem privatim occultat fraude (XXVIII).

San Agustín

Consequens ergo est ut etiam illud quod suis vel filiabus vel aliqua necessitudine ad se pertinentibus in monasterio constitutis aliquis vel aliqua contulerit, sive vestem sive quodlibet aliud, inter necessaria deputandum, *non occulte accipiatur*, et sit in potestate praepositae ut in *commune* redactum cui necessarium fuerit, praebetur. Quod si aliquis rem sibi conlatam *celaverit, furti iudicio condemnetur* (*Epist.* 211, 12).

En conclusión, en el *De institutione virginum* de San Leandro hay huellas fácilmente cognoscibles de la «Regla» de San Agustín⁶².

Esto supuesto, estudiemos ahora el punto de la distinción de clases sociales admitido por San Leandro. Esta doctrina se ve expuesta en los capítulos XXII y XXVII de la «Regla» del Hispalense. El primero propone el caso singular del estado de las *ancillae* dentro de la común vida religiosa. El XXVII estudia la discreción que la prepósita ha de ejercitar entre las diversas monjas en general, atendida la diferencia de con-

⁶² La *Regula Tarnatensis* depende en varios capítulos de la de San Agustín, como lo ha demostrado R. KLEE, *Die Regula monachorum Isidors von Sevilla und ihr Verhältnis zu dem übrigen abendländischen Mönchsregeln jener Zeit*, Marburg 1909, p. 14, nota 4. La «Regla» de San Leandro, aun en los capítulos en que coincide con la *Tarnatensis*, no depende de ésta, sino de la de San Agustín, como puede comprobarse por ciertas partículas comunes a Leandro y Agustín, que faltan en la *Tarnatensis*: por ejemplo, el concepto «de sua saeculari vita illae ad istam descenderint», de San Agustín, que en sustancia se reproduce en San Leandro; «ex inlyto ad humilitatem descendit», etc.

dición social, por razón de las riquezas que dejaron en el siglo y lo delicado de su constitución corporal.

Este capítulo XXVII, todo él, es una paráfrasis desarrollada de tres capítulos de la «Regla» de San Agustín:

San Leandro

Quid, quoniam sub una professione manentibus, *omnia erunt communia omnibus?* Verum est, et legitur: *sed si omnes aequaliter valeant.* Adtamen interest *quaedam discretio senioris praevidentis* quid *unaquaeque* possit. Sic enim *dividendum est, prout uniuscuiusque opus est.* Quae potuit honorari in mundo et *dives fuit in saeculo*, blandius fovenda est in monasterio; et quae reliquit in saeculo pretiosam vestem, cultiorem in monasterio mereatur. Quae vero sub penuria vixit in saeculo et *tegumento victuque* eguit, grate ferat, si in monasterio nec algeat nec esuriant. Nec murmuret *si ea tractetur indulgentius quae vixit in saeculo delicatius.* Nam si prout uniuscuiusque opus est non dividitur, fit superba in monasterio quae fuit vilis in mundo; et quae erat potens in saeculo, humiliatur in monasterio... Si ergo ista *ex inclyto ad humilitatem descendit*, illa ex paupere quod humiliaretur non habuit, forsitan si superbit? Caritas autem omnia temperat atque ad eum pacis pertrahit limitem ut nec illa *infletur* quae dereliquit potentiam, nec illa frangatur quae fuit pauper et ancilla (XXVII).

San Agustín

... Et non dicatis aliquod proprium, sed sint vobis *omnia communia* et *distribuat* unicuique *vestrum a praeposita vestra victus et tegumentum non aequaliter omnibus*, sed unicuique sicut opus fuerit. Sic enim *legitis* in Actibus Apostolorum, quia *erant illis omnia communia et distribuebatur singulis, prout cuique opus erat.* Quae aliquid habebant in saeculo, quando ingressae sunt monasterium, libenter velint illud esse commune; quae autem non habebant, non ea quaerant in monasterio, quae nec foris habere potuerunt; sed tamen earum infirmitati quod opus est tribuatur, etiamsi pauperies earum quando foris erant, nec ipsa necessaria poterat invenire. Et nunc non ideo se putent esse felices, quia invenerunt *victum et tegumentum* quale foris invenire non potuerunt.

Nec erigant cervices, quia sociantur ad quas foris accedere non audebant; sed sursum cor habeant et terrena bona non quaerant, ne incipiant monasteria esse divitibus utilia, non pauperibus, si divites illic humiliantur et pauperes *inflantur* (Epist. 211, 5-6).

Et si *eis quae venerunt ex moribus delicatioribus ad monasterium*, aliquid alimentorum, vestimentorum, stramentorum, operimentorum datur, quod aliis fortioribus et ideo felicioribus non datur, cogitare debent quibus non datur, quantum

de sua saeculari vita illae ad istam descenderint, quamvis usque ad aliarum quae sunt corpore fortiores frugalitatem pervenire nequiverint. Nec illae debent conturbari quod eas videant amplius, non quia honorantur sed quia tolerantur, accipere, ne contingat detestanda perversitas, ut in monasterio, ubi quantum possunt, fiunt divitae laboriosae, fiant pauperes delicatae (Ibidem, 9).

Si bien se observa, San Leandro en toda su exposición sigue las huellas de San Agustín. Este prescribe que, sin menoscabo de la vida común, la prepósita, según su discreción, distribuye a las monjas lo relativo al vestido y alimentos, no con igualdad indistinta, ya que no todas gozan de la misma salud y fuerzas, sino según sea necesario a cada una. Lo mismo exactamente afirma en general San Leandro: no puede haber igualdad absoluta, ya que tampoco la salud y fuerzas son en todas idénticas.

Hay un elemento, sin embargo, en las precisiones de San Leandro, que matiza singularmente su exposición, y no se halla en San Agustín. Además de la salud y enfermedad, ambos legisladores dirigen también su atención al diverso rango social que pudo darse en las monjas cuando vivían en el mundo. También San Agustín confiere diverso trato en el monasterio a las monjas que vienen de la nobleza. Hasta las expresiones son idénticas, y la legislación paralela: la diversidad de trato conferido a las que traen costumbres más delicadas —«ex moribus delicatioribus» (Agust.), como San Leandro «quae vixit in saeculo delicatius—», no ha de ser tentación para que las otras se turben. Vean, más bien, éstas de qué grado de elevación social han descendido aquéllas «de sua saeculari vita illae ad istam descenderint» (Agust.), como San Leandro «ex inlyto ad humilitatem descendit»; y que al fin no se hace esto por honrarlas, sino por tolerancia y necesidad. Es decir, un trato de favor para las que han venido del siglo hechas a costumbres más delicadas. No puede negarse, sin embargo, que en el capítulo de San Leandro parece pesar actualmente el factor de la nobleza más que en San Agustín. El motivo de la singularidad en el trato es para San Agustín la delicadeza de costumbres del pasado; en Leandro, juntamente con este motivo, se aduce otro: la nobleza y poderío de origen: *Quae potuit honorari in mundo et dives fuit in saeculo, blandius fovenda est in*

monasterio; et quae reliquit in saeculo pretiosam vestem, cultiorem in monasterio mereatur. En San Agustín la nobleza anterior de las monjas es más bien un mero recuerdo; en San Leandro persiste de algún modo haciendo valer sus derechos de excepción.

San Leandro supone, además, la existencia de esclavas, *ancillae*, en el monasterio, bajo una misma profesión; y esto nos lleva como por la mano a tratar del último aspecto de este problema. Fuera de una alusión, del capítulo XXVII, el punto se trata expresamente en el capítulo XXII.

San Agustín no habla explícitamente de esclavas, aunque menciona las que entraban en el monasterio provenientes de la más baja extracción social: «de humillima saeculi paupertate». San Leandro, en cambio, legisla sobre esclavas, *ancillae*, que se tienen por tales aun después de su entrada en la vida claustral, si bien la igualdad cenobítica las equipara por la profesión religiosa a las ingenuas, en apreciación y honores idénticos.

La comunidad las recibe como religiosas, concediéndoles la misma libertad que a las nobles: «tu accipis ut sorores», «pari libertate». Porque Dios no es aceptador de personas. En la esfera, pues, de la vida sobrenatural, gozan todas igualmente de las mismas gravias y privilegios:

Quoniam quidem non est personarum acceptio apud Dominum; sed in distribuenda fide, ubi pariter consulitur dominae et ancillae; ubi non eligitur domina et reprobatur ancilla: aequaliter baptizantur, simul Christi corpus et sanguinem sumunt (XXII).

Pero esta estima no ha de alzar a ninguna en soberbia; más bien esta deferencia por parte de la comunidad ha de espolearlas a servir con voluntad más pronta, no impelidas del espíritu de servidumbre, sino de la caridad religiosa:

Nec sic vos provocamus ad humilitatem, ut illas superbia erigamus, quas dum tu accipis ut sorores, gratius illae tibi sint famulae praebeantque obsequium, non servitute addictae, sed liberae caritate (Ibidem).

Tal fue la discreción practicada por los antiguos Patriarcas respecto de sus hijos y siervos, cuando se trataba del orden natural o sobrenatural.

¿Existen fuentes patrísticas de las cuales provenga esta concepción de San Leandro? En contestación véase el siguiente paralelismo:

San Leandro

Quas tibi fecit aut fecerit ancillas condicio, et sorores professio, non iam pro nexu servitutis exulceres, sed pro parilitate professionis honores. Quae ergo tecum in Christo virginitatis stipendiis militat, pari tecum libertate exultet. Nec sic vos provocamus ad humilitatem ut illas superbia erigamus, quas dum tu accipis ut sorores, gratius illae tibi sint famulae... ubi pariter consulitur dominae et ancillae; ubi non eligitur domina et reprobatur ancilla: aequaliter baptizantur, simul Christi corpus et sanguinem sumunt. Nam et patriarchae, dum essent sanctissimi, quantum ad res terrenas et temporales, discernebant inter servos et filios; illos famulos, hos dominos iudicabant. Quod vero ad spei futurae munus adtinet, ex aequo filiis et vernaculis consulebant, quos una circumcissione signabant (XXII).

San Jerónimo

Si quae ancillulae sunt comites propositi tui, ne erigaris adversus eas, ne infleris ut domina. Unum sponsum habere coepistis, simul psallitis: Christi simul corpus accipitis, cur mensa diversa sit? Provo-centur et aliae (Epist. 22, 29).

San Agustín

Quocirca, etiamsi habuerunt servos iusti patres nostri, sic administrabant domesticam pacem, ut secundum haec temporalia bona, filiorum sortem a servorum condicione distinguerent; ad Deum autem colendum, in quo aeterna bona speranda sunt, omnibus domus suae membris pari dilectione consulerent (De civ. Dei, 19, 16).

La dependencia ideológica y aun literal de Leandro respecto de ambas fuentes parece cierta. De San Jerónimo procede la hipótesis de admitir esclavas a la vida religiosa: si algunas siervas vinieran a abrazar tu género de vida, no les hagas sentir la diferencia de condición; entren contigo en un plan de igualdad y de libertad cristiana, ya que todas participan del Cuerpo de Cristo⁶⁸. El ejemplo escriturístico sobre la práctica de los antiguos Patriarcas se toma directamente de San Agustín. Reconocido el estilo de San Leandro ante sus fuentes, de tomar las ideas, evitando la coincidencia terminológica, utilizando la misma argu-

⁶⁸ Es en el fondo de la doctrina de San Pablo, *Ephes.*, 6, 5-9, aplicada así por San Agustín: «Hominibus autem illo pacis ordine, quo aliis alii subiecti sunt, sicut prodest humilitas servientibus, ita nocet superbia dominantibus... Ideoque Apostolus etiam servos monet subditos esse dominis suis et ex animo eis cum bona voluntate servire; ut scilicet si non possunt a dominis liberi fieri, suam servitutem ipsi quodam modo liberam faciant, non timore subdolo, sed fideli dilectione serviendo...» *De civitate Dei*, 19, 15.

mentación y, a lo sumo, repitiendo, como quien no puede evitarlo, algunos términos del modelo, es fácil concluir que aquí se ha dado un caso de esta redacción. Lo denotan la comunidad de ideas y aun la coincidencia de varias expresiones: *participación del Cuerpo de Cristo; erigirse en soberbia; provocar*, etc.

El pensamiento de San Leandro es en este punto el desarrollo de una sugerencia de San Jerónimo a la virgen Eustoquio, a que admita esclavas, si se da el caso, a la profesión religiosa. La igualdad de profesión del uno, «paritas professionis», hace eco a la insinuación del otro, «comites propositi»; a todas nivela en unidad de estado la identidad del Esposo, de cuyo Cuerpo y Sangre participan todas de la misma suerte. El ejemplo de los Patriarcas, finalmente, tomado de San Agustín, viene a uniformar y fusionar las diversas clases sociales en el ambiente luminoso de un mismo destino de vida sobrenatural.

A la luz de esta derivación patrística desaparece en gran parte, si no me engaño, la altivez erguida visigótica, que se ha ponderado en este capítulo de la «Regla» de San Leandro. Si algún gesto altanero queda todavía, resabio indeleble de la sangre, el espíritu regular se esfuerza por abatirlo a la sumisión del yugo evangélico en la nueva vida.

También la *Regula Tarnatensis* vino a beber en la de San Agustín una doctrina análoga y legislación paralela:

Clientem vero et famulum, aut parentem secum exhibens, si postulet in consortio religionis admitti, simili examinatione probatum fratribus convenit aggregari: et qui fuerat ei ante in servitute subiectus, frater est in Domini positus servitio computandus, quia *apud Deum*, ut apostolus docet, *nulla est acceptio personarum*. Ille tamen qui de humili conditione est in germanitatis aequalitate susceptus, non aliquo elationis tumore superbiat, sed per humilitatem in eo quae bona sunt convalescant: et non solum ei cui aequalis effectus est, sed fraternitati omni, ut verus famulus Christi cum pietate et humilitate deserviat.

Quia sicut is, qui maior esse videbatur in saeculo, per humilitatis affectum frater vocatur ex Domino, ita ille sui memor conditionem suam, non altiora petendo despiciat, sed testimonio humilitatis exaltet, ut apud Deum inveniat gratiam (I).

San Isidoro, en cambio, no admite distinción de clases en su *Regla*. La prescripción del capítulo IV, 3, es decisiva en este sentido: no hay más preferencias de ningún género en el claustro que la antigüedad de vocación.

N.B. Con razones de poco peso atribuyeron a San Leandro un Ser-

món «cunctorum», en honor de San Vicente mártir de Zaragoza, Quesnel, en la edición de San León Magno, en 1675, y Flórez en 1752. Y visto el parentesco que ese sermón guarda con la Misa mozárabe en honor del mismo mártir, también ésta se adjudicó al metropolitano de Sevilla⁶⁴. Es, sin duda alguna, de origen español el sermón dicho: en el exordio se da el autor por compatriota del mártir celebrado. Pero nada prueba que sea de San Leandro; más bien parece de fines del siglo VII, y que haya servido de fuente para la Misa mozárabe⁶⁵.

TESTIMONIOS

«Denique errorem meum ipse fateor: me communem matrem saepe adlocutum, nosse cupiens si vellet reverti ad patriam; illa autem, quae se noverat Dei voluntate causa inde salutis exiisse, sub divina obtestatione dicebat: Nec velle se videre nec unquam visuram illam patriam esse. Et cum magnis dicebat fletibus: «Peregrinatio me fecit Deum cognoscere, peregrina moriar, et ibi sepulturam habeam, ubi Dei cognitionem accepi». Teste Iesu hoc in eius experiisse obtatis seu desiderii memor sum, ut etiam si diu viveret, patriam illam non reviseret.

«Tu, quaeso, cave, soror, quod mater timuit; et malum quod illa experta fugiit, tu prudenter evita. Miserum me doleo, qui ibidem communem fratrem misi Fulgentium, cuius pericula iugi formidine pertimesco; tutior tamen erit, si tu, securior et absens, pro illo oraveris... Ego tamen expertus loquor, sic perdidisse et statum et speciem illam patriam, ut nec liber in ea quisquam supersit, nec terra ipsa solita sit ubertate fecunda. Et non sine Dei iudicio. Terra enim cui cives erepti sunt et concessi extranei, mox ut dignitatem perdidit caruit et fecunditate...

«Postremo, carissimam te germanam quaeso, ut mei orando memineris; nec iunioris fratris Isidori obliviscaris, quem quia sub Dei tuitione et tribus germanis superstitibus parentes reliquerunt communes, laeti et de eius nihil formidantes infantia ad Dominum commearunt. Quem cum ego, ut verum filium habeam, nec temporale aliquid eius caritati praeponam atque in eo pronus dilectione recumbam, tanto eum carius dilige, tantoque Iesum exora pro illo, quanto nosti eum a parentibus tenerius fuisse dilectum.»

De institutione virginum et contemptu mundi, XXXI.

⁶⁴ Cf. E. FLÓREZ, *España Sagrada*, 8, 1752, 249-254.

⁶⁵ Cf. B. DE GAIFFIER, *Sermon en l'honneur de S. Vincent*, *AnalBoll* 67, 1949, 280-286.

«Leander Hispalensis ecclesiae episcopus clarus habetur.»

Iohannis Abbatis monasterii Biclarenis *Chronica*, ad a. 585, 7 MonGerm Hist, Auct. antiq., XI, p. 217.

«Sancta synodus episcoporum totius Hispaniae, Galliae et Gallaeciae in urbe Toletana praecepto principis Reccaredi congregatur episcoporum numero LXXII... Summa tamen synodalis negotii penes sanctum Leandrum Hispalensis ecclesiae episcopum et beatissimum Eutropium monasterii Servitani abbatem fuit.»

Ibidem, ad a. 590, 1, p. 219.

«Leander genitus patre Severiano Carthaginiensis provinciae, professione monachus et ex monacho Hispalensis ecclesiae provinciae Baeticae constitutus episcopus, vir suavis eloquio, ingenio praestantissimus, vita quoque etiam atque doctrina clarissimus, ut et fide eius atque industria populi gentis Gothorum ab ariana insania ad fidem catholicam reverterentur. Hic namque in exilii sui peregrinatione composuit duos adversus haereticorum dogmata libros, eruditione sacrarum scripturarum ditissimos, in quibus vehementi stilo arianae impietatis confodit atque detegit pravitatem: ostendens scilicet, quid contra eosdem habeat catholica ecclesia, vel quantum distat ab eis religione vel fidei sacramentis.

»Extat et aliud laudabile eius opusculum adversus instituta Arianorum, in quo, propositis eorum dictis, suas responsiones opponit. Praeterea edidit unum ad Florentinam sororem de institutione virginum et contemptu mundi libellum, titulorum distinctionibus praenotatum. Siquidem et in ecclesiasticis officiis idem non parvo elaboravit studio: in toto enim Psalterio duplici editione orationes conscripsit: in sacrificio quoque, laudibus atque psalmis multa dulci sono composuit.

»Scripsit et epistolas multas: ad Papam Gregorium de baptismo unam, alteram ad fratrem, in qua praemonet, cuique mortem non esse timendam. Ad ceteros quoque episcopos plurimas promulgavit familiares epistolas, etsi non satis splendidas verbis, acutas tamen sententiis. Floruit sub Reccaredo viro religioso ac principe glorioso, cuius etiam temporibus mirabili obitu mortalis vitae terminum clausit.»

Isidorus Hispalensis, *De viris illustribus*, cap. 41; G. von DZIALOWSKI, *Isidor und Ildefons als Litterarhistoriker*, Münster 1898, p. 72-73; he corrigido algún tanto el texto, según el código 22 del archivo de la Catedral de León.

«Non satis antiquis doctoribus impar haberis,
Leander vates: hoc tua dicta docent.»

Isidorus Hispalensis, *Versus*, XIII; C. H. BEESON, *Isidor-Studien*, Munich 1913, p. 162.

«Respondere epistolis vestris tota intentione voluissem, nisi pastoralis curae ita me labor attereret, ut mihi magis flere libeat quam aliquid dicere... Explere autem loquendo nullatenus valeo gaudium meum, quod communem filium gloriosissimum Reccaredum regem ad catholicam fidem integerrima

agnovi devotione conversum. Cuius dum mihi per scripta vestra mores exprimitis, amare me etiam quem nescio fecistis.»

Gregorius Magnus, *Epist.*, Reg. I, 41; *MonGermHist*, *Epist.* I, p. 56.

«Dudum te, frater beatissime, in Constantinopolitana urbe cognoscens, cum me illic sedis apostolicae responsa constringerent et te illuc iniuncta pro causis fidei Wisigotharum legatio perduxisset, omne in tuis auribus quod mihi de me displicebat, exposui... Tunc eisdem fratribus etiam cogente te placuit, sicut ipse meministi, ut librum beati Iob exponere importuna me petitione compellerent et, prout veritas vires infunderet, eis mysteria tantae profunditatis aperirem.»

Idem, *Epist.*, Reg. V, 53 a; p. 353-355.

«Sanctitatis tuae suscepi epistolam solius caritatis calamo scriptam. Ex corde enim lingua tinxerat quod in cartae pagina refundebat. Boni autem sapientesque viri, cum legeretur, adfuerunt, quorum statim viscera in compunctione commota sunt. Coepit quisque amoris manu in suo corde te rapere, quia in illa epistola tuae mentis dulcedinem non erat audire sed cernere. Accendebantur et mirabantur singuli atque ipse ignis audientium demonstrabat, qui fuerit ardor dicentis. Nisi enim prius in se faces ardeant, alium non succendunt. Ibi ergo vidimus quanta caritate tua mens arserit, quae sic et alios accendit...»

»De podagrae vero molestia sanctitas vestra, ut scribit, affligitur, cuius dolore adsiduo et ipse vehementer attritus sum...»

»Praeterea ex benedictione beati Petri apostolorum principis pallium vobis transmisimus ad sola missarum sollempnia utendum...»

Idem, *Epist.*, Reg. IX, 227; *MonGermHist.*, *Epist.* II, p. 219-220.

«Leandrum vero Spalensis ecclesiae sacerdotem tuae in Christo sanctitati cum omni veneratione commendo, quia per ipsum tua benivolentia nobis est lucidata; et dum cum eodem antestite de tua vita loquimur, in bonis actibus vestris nos minores esse censemus.»

Recharedi Regis Gothorum ad Beatum Gregorium, *Epist.*; entre las de Gregorio Magno, Reg. IX, 227 a, p. 221.

«Sicut multorum, qui ab Hispaniarum partibus veniunt, relatione cognovimus, nuper Hermenigeldus rex, Leuvigeldi regis Wisigotharum filius, ab arriana herese ad catholicam fidem, viro reverentissimo Leandro, Hispalitano episcopo, dudum mihi in amicitiiis familiariter iuncto, praedicante, conversus est.»

Gregorius Magnus, *Dialogi*, III, 31; edic. U. MORICCA, Roma 1924, p. 204.

«Ante paucos annos Leander episcopus Spalensis, remeans de urbe regia, vidit nos praeteriens, qui dixit nobis habere se homilias a vestra beatitudine editas de libro sancti Iob. Et quia festinans petransiit minime eas petentibus nobis ostendit. Postea vero scripsisti ei de trina tinctione, in qua epistola memoras displicuisse vobis illud opus, sed hoc salubriori consilio statuiste ut in librorum ductus eas transponeres.»

Licinianus Carthaginiensis episcopus, *Epistola I, ad Sanctum Gregorium papam*, 6; edic. J. MADDOZ, *Liciniano de Cartagena y sus Cartas (Estudios Onienses, ser. I, vol. IV)*, Oña 1948, p. 92-94.

TRANSMISION MANUSCRITA

Dos transmisiones manuscritas existen de la «Regla» de San Leandro: una breve, que consta de la introducción y de 21 capítulos disciplinares, representada por los códices siguientes:

Emilianense, hoy en la Real Academia de la Historia de Madrid, n. 51, del siglo XI.

Silense, Biblioteca Nacional de París, N.A.L., n. 239, del siglo XI.

Archivo Histórico Nacional, de Madrid, cód. 53 (antes, F. 221), del siglo XI.

Biblioteca Nacional de Madrid, cód. 112, del siglo XII.

La otra transmisión, más larga, añade diez capítulos y medio al contenido regular de la anterior, y está representada por los códices siguientes:

Escorialense, El Escorial, a. I. 13, del siglo IX. De este códice hay varias copias: *Biblioteca Nacional de Madrid*, cód. 4307, siglo XVI; cód. 5785, siglo XVIII; cód. 13.062, siglo XVIII.

Casinense, Monte Casino, n. 331, incompleto, de fines del siglo XIII: contiene un texto mucho más correcto y depurado; se incluye en un material de adaptación regular para unas monjas desconocidas y va acompañado de la Carta 211 de San Agustín⁶⁶.

La Homilía *in laudem Ecclesiae ob conversionem gentis*, está incluida en la *Collectio Canonica Hispana*, y sigue su transmisión, ya expuesta en otros pasajes de esta obra.

EDICIONES Y TRADUCCIONES

Según Nicolás Antonio, Jerónimo de Torres preparó una edición del *De institutione virginum et contemptu mundi*⁶⁷.

Más tarde la edita Cristóbal BROUWER: ... *Item S. Leandri regula et institutio Virginum, nunc primum nove extra Hispaniam edita a R. P. Christophoro Browero de Societate Iesu Presbytero*⁶⁸.

J. TAMAYO DE SALAZAR, *Martyrologium Hispanicum*, t. II, Lyon 1655, páginas 556-570.

⁶⁶ Fue publicado por J. MADDOZ, *Una nueva transmisión del «Libellus de institutione virginum» de San Leandro de Sevilla*, Mélanges Paul Peeters, AnalBoll 67, 1949, 407-424.

⁶⁷ Cf. NICOLÁS ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Vetus*, 1, Madrid 1788, p. 295 s.

⁶⁸ Cf. C. SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, 2, Bruselas-París 1891, col. 220.

L. HOLSTENIUS-M. BROCKIE, *Codex regularum*, I, Augsburgo, 1759, p. 405-418. De ahí la tomó Migne, PL 72, 873-894.

Fue traducida al castellano: *Instrucción que San Leandro Arzobispo de Sevilla dio a su hermana Santa Florentina, de la vida y observancia de las monjas, sacada de la regla de San Benito*, por Prudencio de Sandoval, Pincia (Valladolid) 1604.

La instrucción y regla del Bienaventurado San Leandro Arzobispo de Sevilla a su hermana Santa Florentina, por Martín Roa, Sevilla 1629.

Regla o libro de la formación de las vírgenes y desprecio del mundo, por F. de B. Vizmanos (*Las Vírgenes Cristianas*), Madrid 1949, p. 923-960.

J. v. de BESSELAER, *Preken*, Bussum 1947.

BIBLIOGRAFIA

NICOLÁS ANTONIO, *Bibliotheca Hispana Vetus*, I, Madrid 1788, p. 290-298.

RODRÍGUEZ DE CASTRO, J., *Biblioteca Española*, t. II, Madrid 1786, p. 280-287.

CEILLER, R., *Histoire générale des auteurs sacrés et ecclésiastiques*, t. XVII, Paris 1750, p. 115-121 (2.ª ed., t. XI, 422-425).

FLÓREZ, E., *España Sagrada*, t. 9, Madrid 1752, p. 160-193.

HELFFERICH, A., *Der westgotische Arianismus und die spanische Kirchengeschichte*, Berlin 1860.

GAMS, P. B., *Die Kirchengeschichte von Spanien*, t. II, 2, Ratisbona 1874, p. 37-42.

WARD, H., «Leander», *A Dictionary of Christian Biography*, t. III, Londres 1882, p. 637-640.

GOERRES, F., *Leander, Bischof von Sevilla und Metropolit der Kirchenprovinz Bätica* (von c. 584 bis 13 mars 600 oder 601), *ZwissTh*, 29, 1886, 36-50.

GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España*, t. 2, 1, Madrid 1932, p. 45-77.

BARDENHEWER, O., *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, t. V, Friburgo de Br. 1932, p. 391-394.

PORTER, I., *Laudate*, 10, 1932, 7-14.

TORRES, M., y PÉREZ DE URBEL, J., *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, t. 3, *España Visigoda*, Madrid 1940, p. 265-316; 381-427.

MADOZ, J., *Varios enigmas de la «Regla» de San Leandro descifrados por el estudio de sus fuentes*, *Miscellanea Giovanni Mercati*, I, Città del Vaticano 1946, p. 265-295.

VEGA, A. C., *El «De institutione Virginum» de San Leandro de Sevilla*, con diez capítulos y medio inéditos. Edidit et in integrum restituit... *Scriptores ecclesiastici Hispano-Latini veteris et medii aevi*. El Escorial 1948.

MADOZ, J., *Una nueva transmisión del «Libellus de institutione Virginum» de San Leandro de Sevilla*. *Mélanges Paul Peeters*. *AnalBoll*, 67, 1949, 407-424.

RAHNER, H., *Mater Ecclesia. Lobpreis der Kirche aus dem ersten Jahrtausend christlicher Literatur*, Colonia 1944, p. 81-83.

ADDENDA

Para actualizar la bibliografía han de tenerse en cuenta los escritos siguientes:

BEJARANO, V., *Observaciones sobre el latín de San Leandro*: Emerita 28 (1960) 49-73.

— *Un aspecto del vocabulario de San Leandro: las palabras griegas*: Durus 1 (1973) 287-300.

CAMPOS, J. - ROCA, I., *San Leandro, San Isidoro, San Fructuoso. Reglas monásticas de la España visigoda. Los tres libros de las «Sentencias»* (B.A.C. 321), Madrid 1971.

CAMPOS, J., *La virginidad consagrada en el pensamiento de San Leandro Hispalense*: en Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel, OSB, t. 2, Abadía de Silos 1977, 25-38.

DOMÍNGUEZ DEL VAL, U., *¿Una pieza litúrgica de San Leandro de Sevilla?*: La Ciudad de Dios 169 (1956) 285-295.

FONTAINE, J., *Conversion et culture chez les Wisigoths d'Espagne*: en La conversione al cristianesimo nell'Europa dell'alto medioevo, Spoleto 1967, 87-147, 485-487.

GONZÁLEZ, T., *La Iglesia desde la conversión de Recaredo hasta la invasión árabe*: en Historia de la Iglesia en España, dirigida por R. García-Villoslada, t. 1, Madrid 1979, 401ss.

HILLGARTH, J. N., *La conversión de los visigodos. Notas críticas*: Analecta Sacra Tarraconensia 34 (1961) 21-46.

PINELL, J., *La Liturgia Hispana*: en Repertorio de Historia de las ciencias eclesiásticas en España 2, Salamanca 1971, p. 41-42.

— *Liber orationum psalmographus* (Monumenta Hispaniae Sacra, Serie litúrgica 9), Madrid 1972, p. [90]-[95].

SCHÄFERDIEK, K., *Die Kirche in den Reichen der Westgoten und Suewen bis zur Errichtung der westgotischen katholischen Staatskirche*, Berlin 1967.

VELÁZQUEZ, J., *Index rhetoricus del «De institutione virginum»*: Helmantica 29 (1978) 173-186.

— *Leandro de Sevilla, de la instrucción de las vírgenes y desprecio del mundo*, Madrid 1979.

VIGUERA, V., *El concepto de fe en las oraciones sálmicas leandrinas*: Revista Española de Teología 28 (1968) 297-318.